MUSEO UNIVERSAL.

PERIÓDICO

DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EN MADRID.—Un año 25 pesetas; seis meses 13; tres meses 7.—EN PROVINCIAS.—Un año 28 pesetas; seis meses 15; tres meses 8.—PORTUGAL.—Un año 5,640 reis; seis meses 3,290; tres meses 1,800.—EXTRANJERO.—Un año 35 francos; seis meses 18; tres meses 10.

AÑO XIV.—NÚM. 27.

Noviembre 25 de 1870.

Editor y director, D. Abelardo de Cárlos.

ADMINISTRACION CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16, MADRID.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

HABANA Y PUERTO RICO.—Un año, ps. fs. 7,50; seis meses 4,50; —Números sueltos, fijan el precio los Agentes.—EN LAS DEMAS AMERICAS Y FILIPINAS.—Un año ps. fs. 10; seis meses 6.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.

SUMARIO.

TEXTO.—La infanta doña Amalia de Orleans, por don B. M.—Recuerdos de un reciente viaje á Francia, por don Emilio Castelar.—El *Guillermo Primero*, fragata blindada alemana, por don Fernando Fulgosio.—Frases hechas: La risa del conejo, por don Patricio de la Escosura.—Revista de teatros, por don Manuel Cañete.—Exterior de la catedral de Strasburgo.—La fiebre amarilla en Barcelona, por don J. B. C.—Matanzas.—Avanzada prusiana en el parque de Saint-Cloud.—Un trovador del siglo XIX.—Mecánica: Alambique de Mr. Savalle.—Album poético: El cantor Schahkouli, por don M. del Palacio.—La fé del amor, novela, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Ajedrez.

GRABADOS.—La infanta doña Amalia de Orleans.—La catedral de Strasburgo.—La fiebre amarilla en Barcelona.—El *Guillermo Primero*, fragata blindada alemana.—América: Vista general de Matanzas, ántes del huracan.—La guerra: Avanzada prusiana en el parque de Saint-Cloud.—La fé del amor: ¡Mátame de una vez y no me atormentes!—Costumbres populares de Madrid: Un trovador del siglo XIX.—Alambique de Mr. Savalle.

LA INFANTA

DOÑA AMALIA DE ORLEANS.

Doña María Amalia Luisa Enriqueta de Orleans y de Borbon nació en Sevilla el 28 de Agosto de 1854: al rayar el dia 9 de Noviembre de 1870 ha dejado de existir.

No vamos á escribir su biografía. Las niñas no tienen historia. Pero siquiera en breves líneas diremos algo de la princesa, cuyo recuerdo guardarán cuantos la conocieron, y rendiremos un respetuoso homenaje á su memoria.

La infanta doña Amalia era alta, esbelta, de abundante cabellera oscura; sus ojos pardos, rasgados y serenos, tenian la mirada de sin igual pureza; su boca, de agraciado dibujo, se entreabria con una sonrisa melancólica como un vago presentimiento. Al ver por vez primera á aquella jóven séria y dulce, majestuosa y sencilla, airosa é inocente, fácilmente se comprendia que no necesitaba su corona de princesa para dar honor á la ciudad en que habia nacido.

LA INFANTA DOÑA AMALIA DE ORLEANS.

Desarrollada su naturaleza al aire libre bajo el influjo de la rica atmósfera de los jardines de San Telmo, y cultivado su espíritu con infinitas delicadas precauciones; así como su espléndida hermosura parecia la encarnacion viva de las magnolias y rosales de aquel verdadero paraiso, así su alma retrataba la limpidez magnífica del cielo.

Educada en un hogar severo y clásico, era por extremo hábil en las labores de su sexo. Su claro entendimiento comprendia con precision y rapidez cuanto estudiaba, abrazando los detalles y el conjunto de las cosas. Así las aguas puras y tranquilas dejan percibir minuciosamente los accidentes del fondo y reflejan los grandes paisajes de las riberas.

Su aptitud para las artes era extraordinaria. Los que han tenido la honra de ser recibidos en los salones de San Telmo, recuerdan su admirable ejecucion en las más difíciles concepciones musicales alemanas: la precision, la agilidad y el delicado gusto de la infanta la colocaban á una altura excepcional en el arte de Thalberg y de Litz: dibujaba como si por herencia hubiese recibido el instinto admirable de Luisa María de Orleans, la escritora eminente, la reina querida de los belgas.

En una palabra, cuanto en la esfera de la inteligencia ó del sentimiento era o

jeto de su atencion ó de su estudio, quedaba comprendido y dominado por su privilegiada imaginacion.

Dulce y piadosa, era inaccesible á las impaciencias que en las mejores almas producen la desigualdad de los caractéres y las pequeñas contrariedades de la vida: que las asperezas de los objetos en su roce no rayan la tersa superficie del diamante. Pero si un dolor, un sufrimiento pasaba ante su vista ó llegaba á sus oidos, siempre encontraba un eco y una vibracion en el corazon de la princesa. Nosotros hemos visto arrasados de lágrimas sus ojos á la simple narracion de una desgracia.

En estos dos últimos años, las brillantes condiciones de la infanta y la alta significacion política de sus augustos padres, inspiraron á algunos hombres importantes de los partidos radicales y monárquicos la idea de poner un término á las circunstancias difíciles que España atravesaba, por medio del enlace de doña Amalia con un príncipe extranjero, cuyo advenimiento resolviera el árduo problema de la constitucion del país.

Nunca más noble belleza, majestad más pura hubiera honrado á un trono.

Pero la manera irregular de entablar las negociaciones; lo brusco y precipitado de la exigencia que dificultaba conocer á fondo las condiciones personales del príncipe; y la firme resolucion de los padres de la infanta, de no comprometer su felicidad futura entregándola á los azares de lo desconocido, imposibilitaron el enlace y la solucion política. Leccion elocuente recibieron entónces de los duques de Montpensier los hombres de Estado, que, sin preocuparse de condicion alguna, encontraban suficiente para regir los destinos de la patria á quien por *desconocido* no fiaban aquellos la ventura de su hija.

Resignada, sumisa á la voluntad divina, doña Amalia ha dejado este mundo. Su muerte ha sido tranquila, conservando su inteligencia en los últimos instantes. Su mirada se ha fijado uno por uno en los desolados séres que rodeaban su lecho. En aquella mirada podia leerse la tristeza de la próxima partida y la esperanza de volver á encontrarlos de nuevo.

La infanta doña Amalia ha cruzado este valle de dolores como el aura del poeta sevillano cruza las montañas, y más de un agobiado caminante de la vida ha recibido el consuelo de su benéfico aliento. Los pobres de Sevilla y de Sanlúcar no olvidarán ¡cómo olvidarla! la imágen de la princesa, bondadosa, serena y melancólica, de cuyas manos recibian el pan y el abrigo. En la memoria de quien la haya visto alguna vez dando limosna, quedará para siempre como la más poética imágen de la caridad cristiana.

Hoy yace sepultada en el panteon de San Telmo. Sobre el mármol de su tumba corren á todas horas las lágrimas de sus padres. Cuando un ángel termina su mision en la tierra, parece compensarse la dicha que le aguarda con el dolor que deja su partida. ¡Tristes de los que quedan!—Dios los consuele.

20 de Noviembre de 1870.

B. M.

RECUERDOS

DE UN RECIENTE VIAJE Á FRANCIA.

Sunt lacrimæ rerum.

Lo confieso. Cuando tu tribuna, ¡oh Francia! estaba muda, tu República muerta, tu soberanía borrada; cuando un César, seguido de sus pretorianos, ponia un trono de Bajo Imperio sobre tus hercúleas espaldas y cruzaba con su látigo tu conciencia, yo, yo te maldecia, porque yo, Francia, te odiaba. ¡Cuántas veces, al volver de mis solitarios paseos por París, fijaba los ojos en tu soberbio arco de triunfo, y viendo al jóven de Rude con la espada de la República en las manos y las estrofas de la Marsellesa en los labios, semejante á uno de aquellos héroes griegos que iban á morir en las Termópilas, decia para mí: tú, estátua, tú eres el único recuerdo que ya queda de aquella Francia que amamantó nuestras almas con el licor sagrado de las ideas republicanas; pero recuerdo de piedra, recuerdo de muerte, recuerdo frio como el mármol de los sepulcros! Y más abajo, allá en lontananza, aparecia entre los celajes oscuros la cúpula de los Inválidos, áurea, resplandeciente, como una corona gigantesca puesta sobre el sepulcro faraónico del emperador de los emperadores, del rey de los reyes, de aquel que en quince años de vertiginosas batallas creyó haber robado á la fortuna su rueda y á la muerte su guadaña. Y entónces, oprimido el corazon por los recuerdos que exhalaba aquella tumba, yo decia para mí: adora, pueblo francés, adora esos trofeos; sacrificales la libertad y la justicia; sigue la sombra que de ahí se escapa; ten la loca ilusion de que un nombre es un talisman, de que una dinastía vincula en sí la victoria; antepon las frágiles conquistas de tu espada á las eternas conquistas de tu pluma, los campamentos á las asambleas, los ejércitos á los legisladores; y algun dia sufrirás el castigo de tanta insensatez, yendo á morir con tu emperador y con tu Imperio en el candente lecho de Baltasar y de Sardanápalo.

¡Pero cómo ha borrado á mis ojos Francia todas sus culpas! Su martirio ha sido una redencion. Ya, ya ha expiado sus faltas. Ya, ya debe estar satisfecha la justicia, porque en las últimas catástrofes han sido aleccionadas todas sus generaciones. Desde que su Imperio ha caido, desde que su César se ha entregado y la República ha venido, yo no recuerdo los eclipses de la conciencia francesa; yo sólo recuerdo sus luminosos dias. En tropel vienen á mi mente la risa de Voltaire, que mató los ídolos de la Edad Media, como la risa de Luciano los ídolos del paganismo; las ideas de Condorcet y de Turgot, que abrieron los horizontes infinitos del progreso á nuestras esperanzas; la voz de Mirabeau y de Vergniaud, que devolvian la palabra de la Agora y del Foro á los pueblos enmudecidos en las gemmonías del despotismo; la accion de Danton y de Carnot que derribaba los reyes y despertaba con los clarines de la República la conciencia universal, trazándome en todos estos recuerdos aquella alma de Francia que abolió la esclavitud en América y el feudalismo en Europa, grabando con las chispas eléctricas de la revolucion los derechos fundamentales en el espíritu de la humanidad.

Pero si todos estos recuerdos no bastáran, bastarianme para amar á Francia sus recientes desgracias. Siempre los pueblos desgraciados han tenido mi corazon y mi inteligencia. Yo recuerdo las desventuras de Italia; y cómo la prensa, cómo la tribuna, cómo la poesía armaron los ejércitos y los condujeron ébrios de ideas, á levantar la losa del sepulcro de mármol donde yacia exánime la eterna musa de la Historia. Y ahora, cuando la última negra estela de las invasiones germánicas se ha borrado en las lagunas de San Márcos, la última huella en las áureas arenas del Lido, reaparece esa invasion germánica en la tierra de Francia, que sean cualesquiera sus faltas, eternamente brillará en el mundo como la tierra madre de la democracia europea.

Yo, que tantas verdades amarguísimas dije á esta nacion formidable en los dias de su omnipotencia, no quise dejar de verla en los dias de su terrible adversidad. No sé por qué; pero su cielo siempre triste para ojos habituados al esplendor de nuestro cielo, estaba más triste que de ordinario. Las gotas de lluvia que destilaban sus nubes, me parecian lágrimas, y lágrimas amargas. El oleaje del Océano que lame nuestras respectivas fronteras, sonaba en mis oidos como un sollozo. Sus poblaciones amenazadas de asedios, de incendios, de matanzas, desgarraban mi alma. Ayer alegres, son hoy tristes habitaciones del infortunio, como los mitológicos infiernos, asiento del dolor. La guerra, encendida por caprichos dinásticos; la guerra, empeñada á una señal de los Césares, la guerra costará á los dos pueblos cien mil millones de francos en su fortuna, un millon de hombres en su poblacion, quizá el atraso intelectual y moral de medio siglo; la guerra sembrará ódios implacables, convertirá en furias el genio de dos razas nacidas para comunicarse sus trabajos, sus ideas; todo porque un César queria conservar su título de emperador de Francia, y otro César aspira á conseguir el título de emperador de Alemania.

¡Y nos llamaremos pueblos civilizados! Los circos donde bajaban los gladiadores á morir sobre la férvida arena; los dolmenes donde se inmolaban las víctimas humanas por la crueldad de dioses antropófagos, no fueron jamás tan maldecidos en la historia como habrán de serlo en lo porvenir nuestros campos de batalla, donde los reyes levantan sus tronos con huesos humanos, y en sangre humana tiñen la púrpura de sus infames dinastías.

Las ciudades francesas, áun aquellas más apartadas de la guerra, demostraban á primera vista la triste situacion de Francia. Burdeos me pareció melancólica, cual cumple á su desgracia, pero decidida y enérgica. Su aspecto monumental, sus anchas calles, sus soberbios edificios daban cierta solemnidad á su tristeza. En las plazas, en los magníficos paseos, la Guardia nacional maniobra. En los teatros, los partidos se reunen y hablan. Las esquinas están llenas de telégramas. Los aires henchidos con los gritos de los vendedores de periódicos. La bandera tricolor ondea sobre los edificios públicos; pero no queda ni una de las águilas antiguamente esculpidas, ni una de las señales que eran distintivos del Imperio. Francia se ha quitado su librea.

Entramos en un establecimiento público, y detrás de nosotros entró un robusto anciano pobremente vestido. En su rostro se pintaban las señales del dolor y de la fatiga. Nos tendió la mano en demanda de una limosna, y nos dijo: soy de Lorena. Era propietario, y ya no tengo nada. Mi aldea, la aldea de San Nicolás, ha sido incendiada. Sólo queda de pié la casa del boticario. La han perdonado porque la han convertido en pequeño hospital donde recogen los heridos que caen á las misteriosas balas de los franco-tiradores. Mi ganado, todo mi ganado, ha desaparecido. Esos malditos alemanes entran en nuestros establos, matan y despellejan las reses, asan sus carnes por ensalmo, y las devoran con un hambre increible. Los riñones suelen salarlos rápidamente y engullírselos crudos. El tocino es su alimento favorito. Más de cuatro, más de cinco han muerto de indigestion. Los médicos les creian envenenados, y han hecho su auptosia. Tenian el estómago empedrado de lonjas de tocino que no hubiera digerido un tiburon. No me han dejado una res. Y toda mi familia anda dispersa. De mi mujer nada sé. Mis dos hijos se encuentran hoy sobre las armas en los muros de París. Yo voy á Tolosa en busca de mi cuñado allí residente, para que me albergue. Soy de Lorena, y por consecuencia, ya no soy francés.....

.....

Aquel hombre, que habia cantado su ruina, la separacion de los suyos con ojos enjutos y voz entera; al llegar á esta afirmacion, al decir que no tenia patria, lanzó un sollozo amarguísimo que, agolpando á mi corazon todo el amor inspirado por nuestra heróica España á sus hijos, me hizo sentir profunda compasion, á cuyo impulso las lágrimas cayeron involuntariamente de mis ojos, y se mezclaron con sus lágrimas.

Un consuelo, sin embargo, nos estaba reservado al salir. En una esquina habíanse fijado varios telégramas, y la multitud los recitaba en voz alta con alegría indecible. Era la noticia de la victoria de Orleans. Este nombre tiene algo de mágico. Recuerda al ménos que en pasados tiempos Francia se encontró tan expuesta á morir como hoy, salvándose por un milagro de la fé. ¡Ah! La fé cambia de objeto; pero queda siempre igualmente milagrosa y fecunda. Otros siglos tuvieron fé en el dogma; nuestro siglo tiene fé en la razon. Otros siglos creyeron en la autoridad; nuestro siglo cree en la libertad. La fé puede cambiar de objeto, pero no puede cambiar de virtualidad y de fuerza. Tened, tened fé en la independencia de los pueblos y en la República; tened, franceses, fé; abominad de aquellos tiempos en que entregábais vuestra inteligencia y vuestra voluntad á un hombre; volved á crearos por una evocacion al ideal, por un rejuvenecimiento de la conciencia; y hareis el milagro de salvar á Francia, y con Francia la libertad del mundo.

De Burdeos pasamos á Tours. En el trayecto departimos con varios militares. Algunos de ellos se habian escapado, con gran peligro de sus vidas, á la infame capitulacion de Metz. Nos han vendido, decian. Deja-

ron construir una fortaleza tan formidable como nuestras mismas fortalezas. Desde el 4 de Setiembre disminuyeron los combates. A la pelea sucedió la intriga. De fuera venian misteriosos emisarios, y dentro se celebraban conciliábulos continuos. Circulaban á cada momento noticias terribles. Paris era un campo de batalla donde luchaban franceses con franceses, hermanos con hermanos. Las campiñas estaban llenas de salteadores. Los dias del terror habian vuelto. El incendio, las matanzas, el pillaje, reinaban en la República francesa. Muchas ciudades habian pedido guarniciones prusianas. El único iris de Francia, la emperatriz y su hijo. Tal era el cuadro que presentaban á nuestros ojos, amenazándonos con la escasez de víveres, cuando ya nos habiamos habituado á la carne de caballo y áun teniamos caballos que devorar. Nos han vendido. Metz será considerado por la historia como el epílogo de Sedan.

Estos militares nos dieron noticias del estado de la invasion, que en la memoria conservadas, no pueden tener una exactitud rigorosa. El territorio invadido forma una herradura gigantesca. La parte occidental de la invasion, que comprende Versalles y Paris, termina en los alrededores de Orleans. La parte oriental termina en Dijon. El Norte forma lo que podiamos llamar el arco de círculo apoyado en estos dos extremos. De veinte á veintitres departamentos sufren el terrible azote. Veinticuatro plazas fuertes hay en este inmenso espacio. De ellas diez se hallan sitiadas, once sometidas y tres libres. Ochocientos cincuenta kilómetros mide la invasion, atravesados de líneas férreas que en varias direcciones se bifurcan.

Los nudos estratégicos de esta vastísima irrupcion vienen á ser: 1.º La ciudad de Estrasburgo, la cual apoya el ejército aleman que se dirige hácia Lyon. 2.º Metz, que apoya el ejército del Oeste, es decir, el ejército de París, cuyas vanguardias han llegado hasta Orleans. 3.º Soissons y Laon, plazas de menor importancia, que representan análogo destino para los ejércitos destacados al Noroeste.

Esta inmensa extension de sus operaciones hace que el ejército prusiano se encuentre en gravísimo peligro; porque acampado sobre una tierra hostil, á la menor incomunicacion, á la menor ruptura de las grandes líneas que lo ligan con Alemania y que vienen á ser como sus venas, estaria perdido. Unas cuantas guerrillas organizadas como las organizó Mina en la guerra de la Independencia, con las que tenia en jaque todo el ejército francés de Alava, Rioja, Aragon y Navarra; unas operaciones como las admirables y nunca bastante alabadas, bajo el aspecto militar, de Zumalacárregui en la guerra civil, que hostigaban y fatigaban con gran desproporcion de fuerzas uno de nuestros primeros ejércitos, serian parte á destrozar á los prusianos, los cuales no resistirian, no, á media semana de aislamiento é incomunicacion. Los mismos prisioneros alemanes en sus conversaciones dicen que el plan de Moltke, concebido con tanta madurez y realizado con tanto esmero, tiene este lado flaco.

Frente á Orleans se encuentra el ejército que hasta hoy ha mandado Tann, fuerte de 50.000 hombres, y cuyo objeto es impedir al ejército francés del Loire avanzar hácia Paris. A doscientos kilómetros, descendiendo hácia el Sur, opera el ejército de Werder, el cual ha llegado hasta Dijon, ganándolo y perdiéndolo, y volviendo á ganarlo en varios encuentros. El ejército que ha sitiado á Metz se divide en dos grandes cuerpos. Difícil es adivinar su destino. Pero todas las probabilidades anuncian que uno de estos cuerpos se dirige á las órdenes de Manteuffel hácia el Norte, mientras el otro, á las órdenes del príncipe Federico Cárlos, se dirige hácia el Sur para apoyar los dos ejércitos de Orleans y de Dijon, llenando el inmenso espacio que hay desde las orillas del Loira hasta las orillas del Saona. Ligados estos tres ejércitos, formarian una barrera formidable que oponer á los esfuerzos del Mediodía y de sus legiones para libertar á Paris.

La situacion del ejército francés no puede con tanta claridad ser señalada y comprendida. El primer ejército es el ejército del Loira, organizado bajo la inmediata inspeccion del gobierno de Tours. Hay optimistas que elevan la cifra de este ejército á 200.000 hombres, y su material de artillería á 400 cañones. Pero si no alcanza á este número, con seguridad puede decirse que el ejército del Loira tiene 100.000 combatientes. El destinado á proteger los puertos del Norte y del Oeste es el que á las órdenes de Keratry se organiza, y cuyo cuartel general se encuentra en Finisterre. Lila dá su nombre á un ejército compuesto de 80.000 combatientes, bajo las órdenes de Bourbaki, ejército llamado á la maniobra de atacar alguno de los puntos donde acampan los sitiadores de Paris.

Al Este los voluntarios componen el mayor número. La naturaleza de estas tropas demuestra que allí se intenta la guerra á la española, á la americana, la guerra espontánea, en desórden, nacida del momento, de la inspiracion, es decir, la guerra de guerrillas. El general Michel manda una parte de estas tropas. Y Garibaldi, el general de las batallas populares, el triunfador de los momentos decisivos, el héroe de la inspiracion y de la fé, extiende sobre todos estos soldados su prodigioso génio. A estas fuerzas hay que unir las tropas del Mediodía, compuestas de guardias movilizados y que toman el nombre de ejército de Lyon, cuyo ministerio es la defensa del gran valle del Ródano. Y además, el ejército de Paris, que cuenta 600.000 hombres muy aguerridos y muy fogueados en esos diarios encuentros en que han mostrado su valor y su pericia.

Todas estas fuerzas han sido organizadas desde el dia 4 de Setiembre, desde el dia en que la República devolvió al pueblo sus derechos, á Francia su destino en el mundo. La República se encontró una nacion-cadáver, un ejército, no sólo disuelto, sino entregado al enemigo. En dos meses la defensa nacional está organizada, y la victoria, como si quisiera responder á tan heróicos llamamientos, devuelta en Orleans á Francia, en Orleans, donde ha brotado nuevamente la furia del ejército que parecia extinguida, la esperanza del pueblo que parecia muerta para siempre. Francia está de pié, libre de las cadenas que la oprimian y la vejaban. La idea nueva le ha renovado la sangre. Su salvacion será el milagro de su República. Creamos firmemente que la justicia es una fuerza en el mundo. Creamos que la libertad puede áun borrar las sentencias del destino. Yo nunca he pensado que la razon esté destinada á sucumbir definitivamente en la presente lucha.

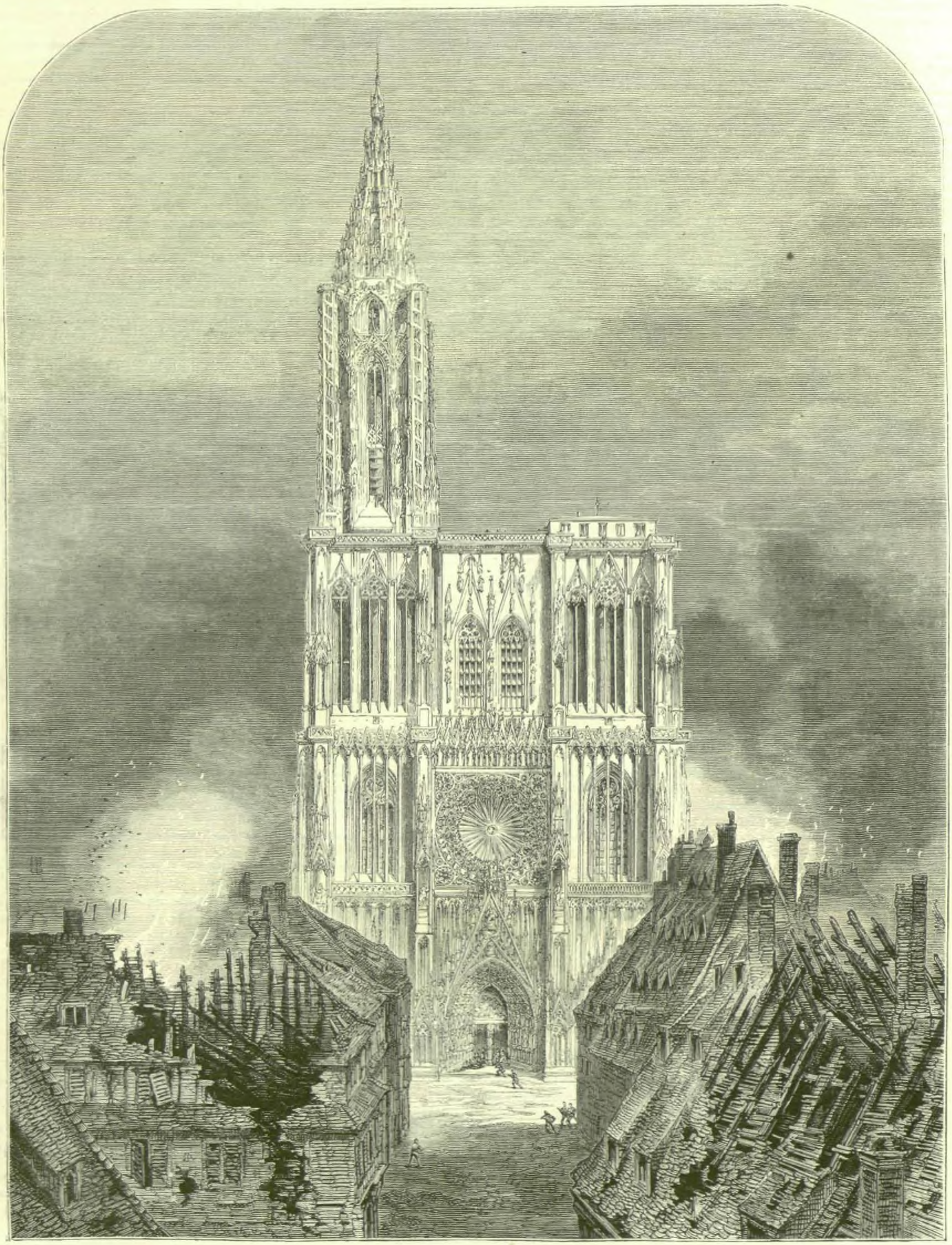
Al llegar á Tours encontramos infinidad de amigos que volvian de una emigracion de veinte años; muchedumbres de soldados, que entraban á la sombra de sus banderas; zuavos pontificios vueltos de oprimir á Roma para libertar á Francia; guardias movilizados que acudian de todas las provincias del Oeste; ingenieros destinados á fortificar á Orleans para que no pudiese caer á un nuevo golpe de mano; artilleros que reforzaban el ejército del Loira; franco-tiradores llegados de Nantes, y prontos á partirse hácia el Este para las guerrillas; voluntarios que venian de las anchurosas riberas del Plata á traer desde otro hemisferio su sangre generosa á las venas de Francia, demostrando así que, desde el punto en que proclamó la República, es la causa de Francia la causa de la civilizacion universal.

Entre las muchas personas que vinieron á mostrarme su afecto, hallábase un amigo que habia hecho rápido viaje en globo aereostático. Cinco eran los atrevidos areonautas. A las ocho de una mañana de Noviembre habian abandonado Paris, alzándose á los aires desde la estacion de Orleans. En quince minutos subieron ochocientos metros. En los primeros momentos parecian estar inmóviles. Desde aquellas alturas contemplaban Paris como un estudiante de geografía contempla un mapa en relieve. Los monumentos, los edificios, las calles, todo se dibujaba clara y distintamente á su vista. Una hora están sobre París como si París los atrajese, ó como si el globo obedeciera á las ideas, á los sentimientos de su tripulacion, y no quisiese apartarse de aquella gran ciudad, más amada de sus hijos cuanto más perseguida y desdichada. En dos horas el viento los ha llevado hácia el bosque de Bolonia, desde donde pasan pronto sobre las líneas prusianas. Los soldados enemigos se dedican á cazarlos. Las descargas suenan, las balas silban, pero ninguna les toca. En cambio los navegantes llueven sobre los prusianos hojas republicanas impresas en Paris.

A la disminucion del lastre corresponde rápido ascenso. Desde una niebla frigidísima, dentro de cuyos pliegues apenas se veian los viajeros mútuamente las caras, cual si en vez de subir á las espléndidas regiones de la luz descendieran á los abismos, comienzan á entrar en espacios más iluminados. Primero el sol, pálido, como una gigantesca pavesa, extiende por las nubes mortecinos reflejos. Despues salen de esta oscuridad y entran en pleno azul, en aire puro, luminoso, alegre, donde la vista y el pensamiento se dilatan. ¡Maravilloso espectáculo! me decian. Á nuestras plantas, blancas nubes como encrespado océano de nieve; sobre la cabeza el cielo en su azul espléndido y en su serena alegría; por todas partes la inundacion de los rayos solares quebrándose en reverberaciones increibles, en arreboles que la fantasía no puede combinar; al Oriente rojas fajas de vapores con fuerza iluminados; al ocaso, tintas desvanecidas, tintas de los colores del mar; el astro del dia subiendo á su zenit en aquella soledad, como si brillase únicamente para los séres que lo contemplaban desde la frágil nave; y allá en lo profundo la sombra del globo, proyectándose sobre las nubes, sombra oscurísima, rodeada de una aureola resplandeciente con todos los colores del iris. En estos momentos llegaron hasta dos mil metros. El viento empezó á tener fuerza, y el globo á marchar con celeridad. A través de las nubes pasaban á los ojos de los viajeros los pedazos de tierra, los campos, las ciudades, los rios de una manera tan rápida, que daba vértigos y producia el efecto de los colores de un cuadro disolvente. En algunos momentos creyeron haber andado hasta encontrarse sobre el Océano por la parte del Havre. Pero no se habian alejado tanto. Cerca de las cuatro de la tarde bajaron en el departamento del Eure. Habian recorrido en ocho horas un trayecto de noventa y cuatro kilómetros. El peso total con toda su carga de aquel pájaro gigantesco, era mil cuatrocientos treinta y seis kilos. Estas inmensas aves artificiales, y las inteligentes palomas mensajeras, son los medios únicos que tiene Paris asediado, de comunicarse con las provincias.

Despues de haber oido este relato, vinieron á decirnos que pasaban por la estacion prisioneros alemanes enviados de órden del gobierno en direccion al Mediodía. Inmediatamente salimos para verlos. Imposible poder examinarlos con detenimiento, porque todos, á pesar de haberse detenido el tren, quedaron en sus wagones. Pude observar algunos que llevaban levita azul celeste con sardinetas blancas sobre el pecho, morrion de pelo bastante descomunal ornado por una especie de pañuelo de grana que les caia sobre el hombro izquierdo. No podian desmentir su raza: todos altos, todos blancos, todos rubios, todos de azules ojos, todos de actitud serena y de aspecto frio é impasible. El gobierno habia decidido enviarlos á Pau, donde el cielo brilla, donda las montañas toman el esmalte de nuestros arrebolados aires, donde el limonero perfuma el hondo valle, mientras allá en las cumbres altísimas resplandecen las cristalinas nieves. Indudablemente el hijo del Norte conservará por el Mediodía aquel amor que le empujó al principio de nuestra era desde las estepas de la Tartaria hasta los campos floridos y las ciudades marmóreas de las orillas del Mediterréneo, el mar de la luz, el mar del arte, el mar de civilizacion. Y si conserva este amor, ¿por qué maltrata tanto nuestras tierras?

Mucho se habla de la respectiva civilizacion de la raza germánica y de la raza latina, del pueblo francés y del pueblo aleman. Uno de los primeros hombres de Europa, Gladstone, á pesar de hallarse al frente del gobierno inglés, como si no pudiera olvidar su antigua condicion de literato y erudito, ha publicado en la *Revista de Edimburgo* un artículo sobre la guerra, en el cual trata, por incidencia, de la respectiva cultura de Francia y Alemania. Muy sabio es, ciertamente, el pueblo aleman que cuenta en su ejército seis soldados, los cuales dirigen cartas á sus familias escritas en correcto sanscrito. Muy atrasado está el cam-



LA CATEDRAL DE STRASBURGO.

BARCELONA
1870
LA FIEBRE AMARILLA
PUERTO
LA MUERTE
EMIGRACION
CEMENTERIO GENERAL
HOSPITAL PROVISIONAL
T. PADRO.
HOSPITAL
CAPUZ

pesino francés que pregunta á su alcalde cuando Napoleon le llama al plebiscito:—¿Qué es eso de bebisisto, señor alcalde?—Bebiscito, dice el alcalde, es una palabra latina que quiere decir: Sí. Mas sus facultades se equilibran. El pueblo aleman es más instruido que el pueblo francés, por su excelente enseñanza primaria y superior. Pero el pueblo francés, sin duda alguna, á pesar de su ignorancia plebiscitaria, es más inteligente que el pueblo aleman por la viveza de su carácter y la rápida comprension de su entendimiento. Uno y otro se necesitan para elaborar la civilizacion universal; uno y otro se completan sobre la tierra.—¿Por qué luchar?—¿Por qué abrirse mútuamente las venas y emponzoñar de sangre humana los campos, de sangre humana los aires, que debian purificar y embellecer con la fecunda virtud del trabajo?—¿Por qué combatir, cuando la ciencia de uno se refleja en la frente del otro; cuando la libertad del uno rompe la cadena del otro; cuando son hermanos que llevan en su sér el mismo espíritu y que necesitan para sostener ese espíritu el alimento de las mismas ideas?

La monarquía es la clave de todos estos enigmas. Al volver de la estacion pude advertir el aspecto militar que presenta Tours. Los cañones rodaban por el gran boulevard del Mediodía. Innumerables carros cargados de provisiones iban tras la artillería. Los guardias móviles pasaban á nuestro lado cantando el himno nacional, la Marsellesa. Los franco-tiradores nos rodeaban. Á un extremo de la calle Real se veia, bajo los pliegues de la sagrada bandera de Ginebra, el hospital de sangre, en cuya puerta departian ciudadanos de todas las naciones, atraidos por la caridad, llevando al brazo la enseña blanca con la cruz roja de la ciudad republicana, que ha querido aliar la humanidad con la guerra. Los coraceros envueltos en su capa blanca, los infantes de encarnado uniforme, los ingenieros vestidos de paño negro-azulado, los zuavos con su aspecto oriental, los voluntarios pontificios de traje gris ribeteado por vivos carmesies, y sus oficiales con los trajes celestes recamados de áureos galones; los soldados americanos, caballeros de la democracia universal, que se acuerdan de Lafayette y pagan á Francia una deuda olvidada, todos de aspecto y de maneras severísimas que recordaban los antiguos puritanos; los irlandeses agrupados en torno de su bandera verde; tantas legiones, si decian algo á los ojos, decian más al pensamiento, pues recordaban que ya un pueblo libre no representa sus propios intereses, sus propias ideas, sino que transfigurándose en el Tabor de sus instituciones, representa las ideas y los intereses de la humanidad. Francia necesitaba una época de disciplina severa que le devolviese la energía perdida en el sensual y orgiástico Imperio. La sociedad no quiere que el equilibrio de la vida humana se pierda, y lo restablece por grandes y terribles catástrofes. Diez siglos de penitencia en los cláustros costó al mundo el epicureismo de la Roma imperial. Y cuando el ascetismo llegó á extremarse, vino el renacimiento á devolver á la humanidad las formas paganas, y la embriaguez de la vida en la naturaleza. El equilibrio humano jamás puede perderse. Francia en las presentes desgracias adquirirá la austeridad que necesita para salvar y conservar la República. Tal es mi fé; tal es tambien mi esperanza.

EMILIO CASTELAR.

EL GUILLERMO PRIMERO,

FRAGATA BLINDADA ALEMANA.

No há muchos dias, en los primeros de Setiembre del presente año, tenia de continuo á la vista quien esto escribe, una de las más poderosas escuadras que han señoreado las aguas del Oceano Atlántico. Fondeados delante de unos montes nacidos del mar, que tales semejan las islas Cies, verdadero rompeolas del hermoso puerto de Vigo, parecieron una mañana, meciéndose en las aguas, los negros cascos de los buques *Captain*, *Lord Warden*, *Minotaur*, *Agincourt*, *Northumberland*, *Monarch*, *Hércules*, *Inconstant*, *Warior*, *Bellorophon* y *Bristol*, ante las playas y pintorescos pueblecillos que yacen por entrambos lados de la bahía.

Aquellas férreas máquinas de guerra, hechas y, ante todo, dispuestas para que de ellas pudiera decirse: *son buenas para matar*, como los vendedores de navajas de Albacete dicen por elogio de su mercancía, formaban tres divisiones, y sus palos descollaban á mi vista por encima de las más altas cumbres de las Cies.

¡Cuán ajenos debian de estar todos los que del poder de aquellas hermosas fragatas se admiraban, de que si eran buenas para matar, tambien *eran buenas para morir* dentro de ellas! La de más terible aspecto era la llamada *Captain*, cuya construccion singular y desmesurados cañones venian á darla una apariencia intermedia entre los *monitores* y las fragatas blindadas. Visto de léjos el *Captain*, parecia—y en cierto modo lo era—un compuesto de dos monitores, unidos por la parte inferior, mientras de uno á otro corria por la superior un puente. En verdad asustaba la extraña disposicion de aquel barco.

Una mañana fueron lenta y majestuosamente desapareciendo las fragatas blindadas. Con ellas desapareció tambien el *Captain*...

Una noche... ¡qué horrenda noche fué aquella del 6 al 7 de Setiembre! Airado el viento, comenzó á levantar espantoso oleaje que, áun dentro de la pacífica bahía de Vigo, causaba pavor. La arena, ántes blanda y apaciblemente besada por la onda juguetona, desaparecia en arrebatado torbellino, chocando entre sí con siniestro ruido piedras y conchas que pocas horas ántes brillaban al sol, lavadas y relucientes. Llovia, levantaba el viento olas verdinegras, que remataban, á modo de sudario, en siniestra espuma, y las ráfagas cada vez más aterradoras, como que se detenian breves instantes para arreciar, azotando al piélago hasta el fondo y á la tierra en sus cimientos.

Si el hombre, despierto y mal seguro en las casas de la costa, prestaba muda y temerosa atencion á la tormenta, ¡qué no seria de los míseros navegantes á quien la turbonada hallase á la altura del cabo de Finisterre! Es allá profundísimo el Oceano, lo cual, unido á la corriente que baja de Norte á Sur y tan poderosamente influye en hacer húmedo y benigno el suelo de Galicia, suele formar uno de los más espantables *hervideros* en que el marino pueda ver su vida gravemente amenazada. ¡Ay del barco, no bien dispuesto para correr vientos duros, que se viese en el caso de arrostrar la turbonada por las aguas de Finisterre! ¡Ay del *Captain*, que en tal estado debia de hallarse! Allá estaba, en efecto, y allá quedó sumergido con 500 hombres que llevaba á bordo... El horror de la noche del 6 al 7 de Setiembre, ¿qué fué para los que, en seguridad, y con todo esto, temblando, atendiamos desde tierra al rebramar del viento y al ronco y fúnebre sacudir de la resaca, alternando con los tumbos de las olas, que de léjos comenzaban sordos, llegábanse despues atronadores, y á las puertas de casa rompian cada vez más rugientes; qué fué, comparado con el espantoso suceso de la pérdida del *Captain!*

La desgracia de aquel barco tan poderoso, al parecer, y tan débil ante los elementos, no hizo sino afirmar que los buques blindados por el estilo de las otras diez fragatas que á la turbonada pudieron resistir, son tan buenos para el caso como cualquier otro barco de guerra.

El ensayo practicado por los franceses ántes que nadie, en su fragata *Gloire*, y concluido, digámoslo, felizmente por nosotros con el viaje de la *Numancia* al Pacífico, bastó para acreditar las buenas calidades que podia tener un buque blindado. Sobre esto no cabe ya al presente la menor duda. Alguna puede abrigarse acerca de su utilidad para una campaña marítima. Fuerza es confesar, desde luégo, que han sido muy buenos para combatir contra plazas defendidas con cañones del más poderoso calibre, como sucedió con nuestra *Numancia* en el combate del Callao. En cuanto á una guerra marítima, si tan sólo nos atuviéramos á las resultas del combate naval de Lissa, fuera imprudencia, pues los italianos dejaron mucho que desear en aquella pelea, no obstante los buenos barcos blindados de que disponian. Poco hicieron, en verdad, el famoso *Affondatore* y los otros barcos italianos, mientras el *Kaiser*, navío de madera, si bien tripulado por excelentes marinos, demostró que siempre el esfuerzo y la destreza en el arte de navegar, serán superiores á las más tremendas máquinas de guerra puestas en manos poco á propósito para el caso.

Tampoco ha servido de mucho á Francia en la guerra actual su hermosa escuadra blindada, si se tienen meramente en cuenta las resultas militares, que bien sabemos por otra parte cuántos daños ha padecido el comercio aleman á causa de no tener este pueblo escuadra capaz de afrontar á la francesa.

Por ventura, de esta y otras enseñanzas nazca un sistema misto, áun para los buques de combate. No todas han de ser pesadas y descomunales fragatas, poco á propósito, como las que tiene Francia en el mar del Norte, para llegarse á costas y embocaderos de rios cuyo fondo estorba toda operacion formal á buques de mucho calado. Y es tan cierto, que así como en el ejército se propuso reemplazar del todo á los coraceros con caballería ligera, cosa parecida proponen algunos ó suponen, al ménos, sea más útil que los grandes buques blindados. A decir verdad, no parece probable se prive ninguna nacion de tan poderoso *ingénio* de guerra; pero no se ha de tardar, á nuestro juicio, en proponer la construccion de muchos y buenos buques ligeros, armados con la mejor artillería que se conozca, y que de cierto serán más á menudo útiles que barcos tan grandes y pesados, á causa de su tamaño y armadura defensiva.

Entre tanto, procuran todos los pueblos marítimos tener cuantos buques blindados pueden, siendo tristísima muestra de debilidad y pobreza para la patria de Vasco de Gama y Magallanes, el que, mientras los más pequeños Estados de Europa y muchos de América tienen alguno y áun varios buques de coraza, no vayan arboladas las gloriosas quillas de Portugal en ninguno de aquella clase. Ni lo decimos por agravio á nuestros hermanos de Occidente, ni se crea vayamos á tener por indispensable á la ventura de un pueblo el poseer buques blindados. Tambien éstos tienen inconvenientes que más de un pueblo ha llegado á experimentar.

Bien se comprende que, mientras cundia por el mundo la aficion á barcos de coraza, no pasara inadvertida su utilidad al grande hombre á quien debe Alemania el ser ya Estado preponderante en Europa. Apercibido Bismark contra todos los daños que la rivalidad de otros pueblos pudiese suscitar á Alemania, no ha sido la marina lo que ménos ha llamado el asiduo interés del gran canciller de la Confederacion germánica.

Cierto que ésta no posee todavía costas ni poblacion marítima suficientes para mantener escuadras que sean parte á guerrear con las inglesas ó francesas; mas con todo eso, los barcos de guerra de Alemania del Norte merecen especialísima mencion. Por eso cumple á maravilla LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, dando la vista de la fragata blindada *Wilhelm I*, ó sean *Guillermo I*, hermoso buque, cuyo mero aspecto interior y exterior llama desde luego la curiosidad y atencion de quien tiene ante su vista el curioso grabado que representa lo que, en cierto modo, podria llamarse córte longitudinal.

Todo en el *Guillermo I* le acredita por excelente buque. Sobre cubierta tiene á proa una batería, como refuerzo al poderoso espolon que hiende las olas en busca, si no á la espera, de enemigo á quien arrostrar ó embestir. Descripcion científica, de cierto agradecerán los lectores de LA ILUSTRACION no verla en este sitio. Con todo, para *los más legos*, diremos; que, á popa sobre la hélice y la Santa Bárbara, más adentro, se halla la cámara del comandante. Debajo de parte de éstas, al lado y encima de la Santa Bárbara, se ven las cámaras de los oficiales. Basta mirar el grabado para comprender el poderoso alcance de aquellos enormes cañones, á cuyo lado hace ejercicio

parte de la dotacion, mientras debajo cabalmente de las dos grandes chimeneas que salen sobre cubierta, se ocupan en su pacífico, prosáico y utilísimo cometido los cocineros. La marinería comiendo, los *cois* de ésta colgados de la suerte que se disponen para servir de camas, el gran espacio que ocupan las máquinas y carboneras del buque, la despensa, y por último, el calabozo á proa donde yacen dos presos aherrojados, son cosas que se hallan tan bien descritas por el lápiz, que fuese cansar al lector entretenerle con descripcion ménos clara y amena, de seguro, que la vista de la fragata *Guillermo I*, de la escuadra alemana.

FERNANDO FULGOSIO.

FRASES HECHAS.

LA RISA DEL CONEJO.

ARTÍCULO FILOSÓFICO-LENGÜÍSTICO-TRASCENDENTAL.

No me atreveria yo á sostener, pero tampoco á negar, que el *Diccionario de la lengua castellana*, por la Academia Española, tiene razon en absoluto al decir que la *Risa del Conejo* es la que afectamos cuando, para no dar nuestro brazo á torcer, reimos en la apariencia, y de mejor gana nos echaríamos á llorar ó á rabiar, segun el caso y el temperamento del paciente.

Ménos áun me atrevo á negar ó afirmar, que la frase con que encabezo esta filosófica elucubracion, proceda de haberse observado que el hocico del interesante cuadrúpedo, cuyo lugar en las cacerolas de los figones dícese que usurpa más de una vez y muy contra su gusto, el gato, suele en sus postrimerías contraerse en gesto muy semejante al de la risa sardónica.

Confieso que nunca fuí cazador, cocinero ni veterinario, y que, en consecuencia, carezco de observaciones y datos clínicos bastantes para formar razonadamente opinion propia en la materia: recuerdo, sin embargo, haber leido no sé dónde, ú oido no sé á quién, que la *Risa del Conejo* no se advierte bien en él mismo, sino despues de asado el susodicho animalejo.

Siendo así, habré de confesar, aunque me pese, que la tal *Risa* tiene algo de herético, pues por relaciones auténticas, impresas con las licencias necesarias, y mucho más entretenidas que filantrópicas, consta de una manera indudable que la padecian al espirar en la hoguera, casi todos aquellos á quienes, por el bien de sus almas, quemaba los cuerpos la Santa Inquisicion, unas veces á fuego lento y otras á fuego vivo, segun los casos y la abundancia ó la escasez de leña en el mercado.

De todas maneras, paréceme que puedo, sin grave riesgo de equivocarme, dar por sentado que al decir *La risa del Conejo*, se entiende del conejo *asado*, quemado ó cosa equivalente, con tal de que no sea para el interesado ménos desagradable.

En circunstancias normales, la notoria fecundidad de la coneja, que la supone en constante y amorosa armonía con su consorte (porque entre animales no se conoce lo que púdicamente llaman los ingleses *criminal conversation*), me hace creer que la raza cunicular está dotada de cierta natural propension á la hilaridad que, en mi concepto, excluye toda comparacion entre su sincera risa y la del bípedo implume que, modestamente, ha dado en llamarse el *Rey de la creacion*, que así le acata y obedece, como los españoles hoy al rey, que no tienen, y acaso mañana al que pueda dárseles.

No se crea, porque tal observo, que pongo siquiera en duda que *el Hombre es el Rey de la creacion:* nada ménos que eso. Razones, y muchas y muy poderosas, deben tener para afirmarlo así, desde millares de años atrás hasta el presente, los innumerables filósofos que esa opinion sustentan, aunque no puede ménos de constarles que á ellos y á sus semejantes todos, una mujer basta para entontecerlos, un cinife para que pierdan la razon, un aire colado para baldarlos, y una gota de ácido prúsico para despacharlos á la eternidad instantáneamente.

Volviendo á mi asunto: la *Risa del Conejo* no se da más que en el conejo muerto; de donde mi filosófica imparcialidad me obliga á concluir que, en materia de risa, es el conejo muy superior á S. M. el Hombre.

Discutamos esto, que el punto lo merece. En primer lugar, el conejo vivo, como irracional que es, dichosamente para él, pasta, toma el sol ó la luna, digiere ó procrea, corre ó duerme, segun las horas y las ocasiones; pero no piensa, no raciocina, no reflexiona, no recuerda, no prevé, no proyecta, no cavila, y no acierta ni se engaña nunca.

Hombre en todo sincero, debo confesar aquí que, no habiendo yo sido nunca, ó al ménos no recordando haber sido conejo en tiempo alguno; y careciendo además de toda nocion del idioma cunicular, si afirmo que el susodicho cuadrúpedo herbívoro carece absolutamente de facultades intelectuales, no es porque á mí de propia ciencia me conste, ni conejo alguno me lo haya dicho, sino pura y simplemente, porque recuerdo haberlo así leido en autores graves, y tambien porque mi buen corazon me aconseja no suponer en otros lo que á mí no me ha hecho dichoso, ni mucho ménos.

No pensando, pues, moralmente hablando, el conejo, aunque bajo el aspecto gástrico es indudable que piensa siempre que halla á mano, ó mas bien á diente, cosa verde en que cebarse, paréceme claro como la luz del dia, cuando no es nublado, que en vida, la *Risa del Conejo* le seria al conejo completamente inútil.

Esa *Risa* supone una de las cualidades que más enaltecen al Rey de la creacion: la de *mentir* siempre que sé le antoja, no solamente con la palabra, sino con el silencio, con el ademan, con la expresion del rostro, con una simple contraccion de sus músculos. En eso, como en todo, el hombre supera á todos los séres creados.

Cuando el conejo se rie,—no con la risa del conejo,—la coneja sabe á ciencia cierta que el padre de sus gazapos está contento con ella y consigo mismo; pero la *mujer* tiene la ventaja de saber que *su hombre* puede muy bien ocultar, tras la más afable de sus sonrisas, el propósito deliberado de estrangular á la madre de sus hijos, así que encuentre ocasion oportuna para hacerlo á mansalva.

Recíprocamente: el conejo que advierte en los belfos de su coneja la dulce sonrisa del amor (conejil, se entiende), puede estar seguro de que las caricias de su aterciopelada pata serán bien recibidas, y con usura devueltas: mientras que á ningun hombre se le oculta que toda hija de Eva puede, cuando quiere, sonreírsele dulcísimamente al varon que llama su dueño, sin perjuicio de estar con toda su alma deseando que se lo lleve por la posta el mismísimo demonio.

La verdad es que la *Risa del Conejo*, que en el conejo vivo no se concibe, se explica muy naturalmente en el hombre hasta que se muere.

¿Por qué, pues, no la llama el *Diccionario* la *Risa del Hombre?*

Indudablemente porque todavía no se ha sentado, que yo sepa, conejo alguno en la Academia de la lengua, ni en España, ni en ningun otro pais bastante civilizado para tener academias.

Consigno el hecho, porque lo tengo por cierto; mas ni lo censuro, ni lo aplaudo.

Añadiré sólo que, así como el bello sexo reclama ya hoy su emancipacion política, despues de haberse, *auctoritate propia*, puesto en posesion de la social, y anchamente usado de la literaria; no me parece imposible, ni mucho ménos, que andando el tiempo y progresando las ideas, lleguen tambien los conejos á solicitar y obtener los honores académicos.

Respetando, empero, los misterios del porvenir—no por falta de ganas, sino de medios para adivinarlos—tomo las cosas como las encuentro, y vuelvo á mi asunto.

Filosóficamente hablando, es decir, en abstracto, ó, lo que es lo mismo, considerando las cosas, no como ellas son, sino como al filósofo le acomoda que sean para que nadie, incluso él, las entienda; filosóficamente hablando, repito, la *Risa del Conejo* es, ó una gran perversidad, ó una gran desdicha del *género humano*, no há muchos años aún por los sabios llamado, en el *Reino animal*, la *especie humana*.

Los naturalistas modernos nos han promovido á la dignidad de *género* (ambos nuestros géneros en la misma denominacion inclusos), entre otras no ménos ingeniosas razones, porque, en vez de cuatro piés, como el pollino, ó de cuatro manos, como el mono, solamente tenemos dos piés y dos manos.

¿Qué hubieran hecho los sabios naturalistas de nosotros, si únicamente tuviéramos un solo pié y una sola mano?

Probablemente un archi-género.

Pero eso no es de mi propósito, y á la *Risa del Conejo* me atengo, no tanto porque á tratar de ella me compromete el epígrafe de este filosófico trascendental artículo, como porque en realidad, la tal risa es la única que de algunos años á esta parte contrae ó dilata mis labios. La razon de que así sea, ni al lector le importa, ni seria esta ocasion oportuna para explicársela, áun cuando le interesara.

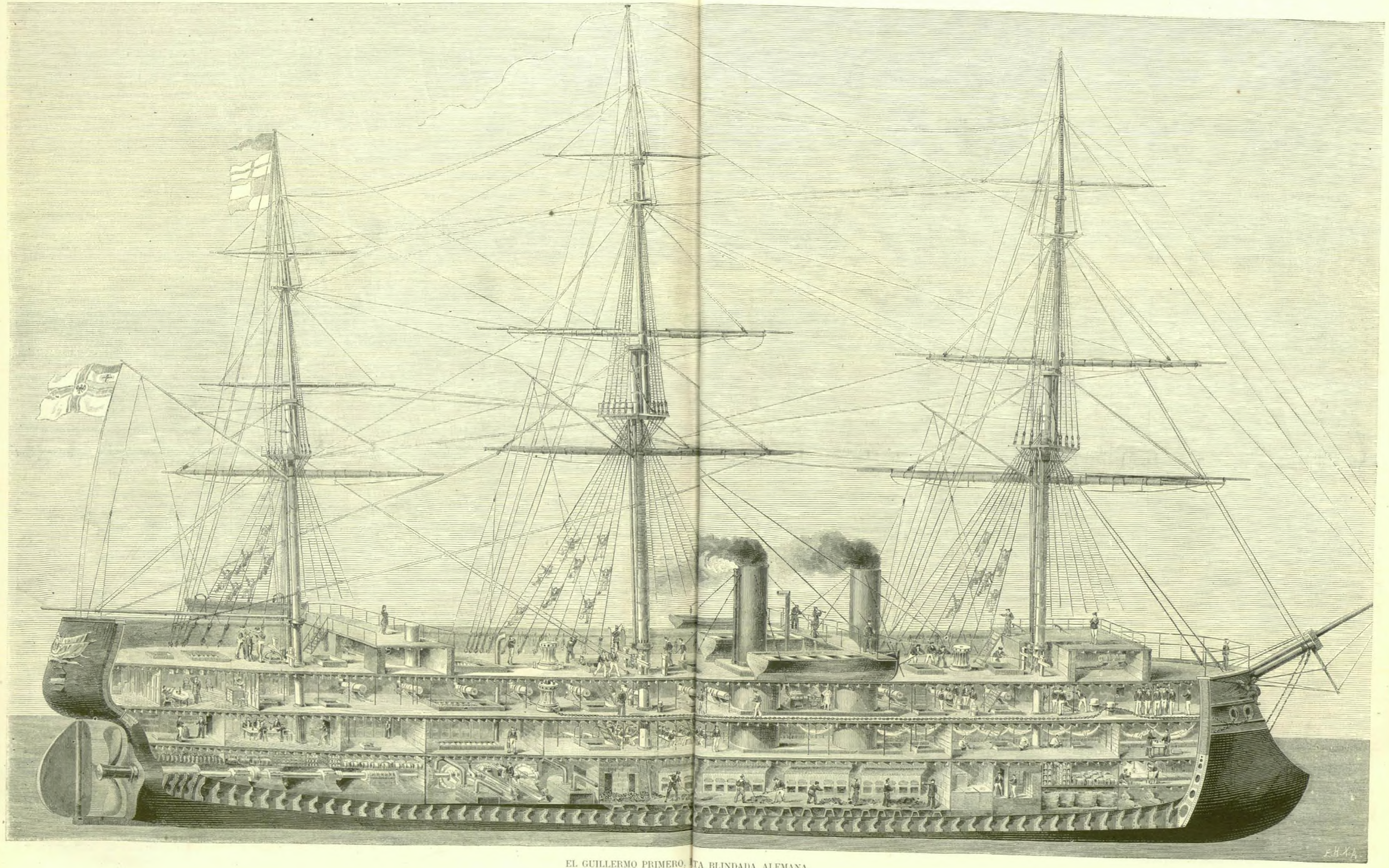
Volviendo, pues, á la *Risa del Conejo*, y al interrumpido filosófico raciocinio, paréceme digno de observarse que en esa locucion, sobre calumniar al inofensivo cuadrúpedo leporino, como probado lo dejo, comete el *género racional*, á que tengo muy mal de mi grado la honra de pertenecer, una grave inconsecuencia que, á ser única, pudiera graduarse de estúpida; pero que como, en suma, no pasa de ser una más entre infinitas, casi, casi puede considerarse como uno de los rasgos característicos de la humana idiosincrasia.

Desde que nuestra *especie* ha ascendido á *género*, llama en son de menosprecio á todo vicho viviente que no sea hombre ó mujer, y tambien á todos los hombres y mujeres que pretende humillar, *animales*, *brutos*, *irracionales*, etc., etc.

Y, sin embargo, siempre que se trata de caracterizar, en bien ó en mal, á un individuo de nuestro privilegiado y sobre la creacion reinante género, se acude á compararle y áun á personificarle, con ó en alguno de esos animales que al parecer tan profundamente se desprecian:

Así, por ejemplo, llamamos
Leon, al valiente,
Rata, al cobarde,
Tigre, al feroz,
Hiena, al encarnizado,
Serpiente, al precavido,
Raposo, al astuto,
Cordero, al inocente,
Paloma, al cándido y sin hiel,
Águila, al ambicioso,
Jumento, al nécio,
Cerdo, al súcio,
Armiño, al limpio y puro,
Tórtola, al enamorado,
Mariposa, al inconstante,
Ruiseñor, al músico,
Gacela, á la amada,
Harpía, á la aborrecida,
Lobo, al rapaz,
Perro, al fiel,
Oso, al grotesco,
Tábano, al importuno,
Moscon, al pesado,
Mico, al libidinoso,
Buho, al melancólico,
Papagayo, al hablador,
Mochuelo, al taciturno,
Calandria, al alegre,
Estornino, al aturdido,
Hormiga, al económico,
Cigarra, al imprevisor,
Mulo, al terco,
Buey, al tardo y lento,
Corzo, al ligero,
Cisne, al poëta, etc., etc.

Y con qué animales, en fin, asimilamos á las Mesalinas y á los maridos completos,



EL GUILLERMO PRIMERO, ...TA BLINDADA ALEMANA.

«Todo el mundo lo sabe y no lo calla.»

Ahora bien: si ni virtud, ni vicio, ni prenda alguna, buena ó mala, de cierta importancia, tiene ó presume tener el hombre, que él mismo no confiese que es condicion peculiar y propia de algun animal, ¿por qué ese afectado desprecio de los irracionales?

Una de dos: ó para valer algo, en bien ó en mal, tenemos nosotros que ser más ó ménos irracionales; ó sin conciencia calumniamos á los desdichados brutos, colgándoles, no nuestros milagros, sino nuestras maldades y nuestras estupideces por añadidura.

Si hay quien se atreva á decirme que todo eso tiene poco ó nada que ver con la *Risa del Conejo*, le contestaré, en primer lugar, que habiéndoles lealmente advertido á los lectores que estoy aquí filosofando, no tienen ya derecho á extrañar que de todo trate menos de mi asunto.—¡Ó soy filósofo ó no lo soy!

Digo, en segundo lugar, que nadie está obligado á seguir leyendo, así que la lectura le canse.

Y digo, por último, que no sé yo, de veras, para cuándo será buena la *Risa del Conejo*, sino para el momento en que, considerando y exponiendo todo lo que el hombre tiene de irracional y los irracionales de humanos, se miren cara á cara un filósofo de mi calibre y sus desdichados lectores.

Por de contado, ese es ya un caso, y fulminante, de la tal risa, prima hermana, como sabemos, de la sardónica; y que, como enfermedad considerada, se nos presenta, segun las circunstancias, unas veces endémica, epidémica otras, y no pocas con todos los caractéres de contagiosa peste.

Y aquí debo, en conciencia y para evitar que algun sábio crítico me salga al encuentro acusándome de plagiario, confesar cándidamente que si me atrevo á considerar como enfermedad la *Risa del Conejo*, es apoyándome en autoridad competente, y no por mero antojo filosófico.

Porque conviene advertir que quien esto escribe, no es ménos erudito que filósofo; y en virtud de la primera de esas dos condiciones, ha tenido la fortuna de tropezar, en la biblioteca de un sábio moro, profesor de anatomía comparada en la muy culta isla de Joló, con un manuscrito del siglo x (ántes de Cristo), en pergamino, con canto dorado, de letra siriaca, y en idioma germánico que, para decir verdad, ni el moro ni yo comprendíamos, ni comprendemos.

Felizmente—no para el interesado, sino para la ciencia y para nosotros—tenia el joloense, entre varios esclavos (todos nacidos libres súbditos de la monarquía española, de que aquella isla es parte á manera de feudal apéndice), uno chino de nacimiento; pero que habiendo en Manila servido en la cocina de un quinquillero aleman durante cinco ó seis años, era capaz de traducir, en ménos de una semana, hasta docena y media de vocablos germánicos, á la jerga—de cocina por de contado—que él llamaba lengua castellana.

Con tan poderoso auxiliar llegamos, al cabo de seis meses de prolijas indagaciones, interpretaciones, reflexiones y elucubraciones, primeramente á descifrar la portada del curiosísimo manuscrito, cuyo título, libremente traducido, es como sigue:

«Monografía filosófica del Conejo, por Mein-Her *Huffchneider*, doctor aristotélico, y proto-guarda-bosque de la Selva Negra.»

Posteriormente, esto es, en los seis años largos que médian desde mi visita al archipiélago de Joló hasta la fecha, mediante una activa correspondencia entre el erudito bibliófilo malayo-hispano-musulman, y mi humilde persona, se ha logrado que el chino cocinero, prévias ciento cincuenta aplicaciones del bejuco moro á sus descarnadas espaldas color de aceituna súcia, traduzca casi inteligiblemente la parte de la obra del sabio *Huffchneider*, que tiene por epígrafe estas palabras:

«Veber das sardonichen lachen kaninichens pathological kapitel;» ó sea en mal romance: «De la risa sardónica del conejo, capítulo *pathológico*;» lo cual prueba que no soy yo quien ha inventado que la *Risa del Conejo* es una enfermedad, sino que como tal la consideraba ya, mil años ántes de la era cristiana, el gran fundador de la eterna filosófica escuela de los *Huffchneider*.

Para seguirle paso á paso en sus científicas observaciones, seria preciso, sobre entenderlas, cosa que no hemos alcanzado ni el joloense, ni el chino, ni yo, escribir un libro en lugar de un artículo, lo cual no seria difícil al tenor del presente; encontrar lectores, hallazgo en rigor posible si se les diera de balde; y sobre todo quien, con la seguridad de no venderlo, hiciera el heróico sacrificio de publicarlo á su costa.

Compréndese, pues, que sólo me es dado reducir á muy sucintas frases las tan extensas como profundas teorías del sabio proto-guarda-bosque de la Selva Negra.

Segun él, la *Risa del Conejo* es enfermedad *endémica* en los casados, en los deudores, en los fanfarrones, en los escritores de *pane lucrando*, y en los políticos de aventura. En una erudita, pero innecesaria nota, demuestra que *político* y *cortés* no son sinónimos.

Resulta de esa teoría, que son *Risas de Conejo:*

La del marido que encuentra en su casa, sentado en el mismo sofá que su señora, al primo, jóven, que á todas partes la acompaña;

La de la mujer que se halla de manos á boca en una visita con la amiga íntima, á quien su marido obsequia;

La del deudor insolvente, en cuyo gabinete introduce un criado estúpido, al acreedor que más le apremia;

La del fanfarron, á quien en presencia de su dama, dá una broma pesada, un quidam que él sabe muy capaz de contarle los botones del chaleco á estocadas;

La del autor adocenado, al devolverle un empresario sin entrañas, el impracticable manuscrito en que fundaba todas sus esperanzas de pagarle al casero;

La del ministro saliente, al entregarle la idolatrada cartera á quien le reemplaza;

La del diputado ministerial perpétuo, colocado en la dura alternativa de votar precisamente en pró ó en contra del ministerio que se va ó del ministerio que viene;

La del mísero empleado al cumplimentar al nuevo ministro, que probablemente le declarará cesante en el inevitable próximo arreglo.

Y *sic de cæteris*.

Pudieran muy bien añadirse los casos de la beldad que pasa de cuarenta años, cuando le ponderan la hermosura de su primer nieto; del poeta á quien la cortesía obliga á alabar las producciones de sus émulos; del industrial en presencia de productos extranjeros ó nacionales, superiores en calidad y baratura á los de su fábrica; del hipócrita cuando tiene delante á quien le conoce á fondo; de la coqueta, si en el momento que más hábilmente tendidas tiene sus redes para cazar un marido, le sale al paso alguno de sus antiguos y no desdeñados adoradores; y otros muchos *ejusdem furfuris*.

Pero como, entrando en detalles, se haria el catálogo un cuento de nunca acabar, prefiero, generalizando con el sábio aleman, decir de una vez que la *Risa del Conejo* es dolencia endémica en la humanidad toda, y que se manifiesta siempre que la negra honrilla nos obliga á ocultar, hasta donde podemos, lo mucho que nuestro incorregible orgullo padece con ciertas contradicciones inseparables de la vida.

Como preservativo higiénico contra esa enfermedad, aconseja Huffchneider el uso constante de la sinceridad, juntamente con el de una razonada modestia.

Quien se acostumbre á ser verídico, en efecto, y no se estime en más de lo que vale, difícilmente padecerá la *Risa del Conejo*.

Terapéuticamente considerado el caso, es decir, supuesta la invasion del mal, hé aquí los remedios que nuestro doctor le propina: primero, una gran dósis de fuerza de carácter para que, si la procesion anda por dentro, nadie la vea desde afuera; segundo, endosarle la letra al causante, de modo que él sea, ya que no el conejo, por lo ménos el asado; y en último término, aquello de paciencia y barajar, á mal tiempo buena cara, etc., etc.

En los tiempos Huffchneider, la homeopatía no era áun conocida; quizá el Dr. Hahnemann hubiese curado la *Risa del Conejo* con unos cuantos globulillos de estóica despreocupacion.

¿Cómo se hace epidémica esta enfermedad? se me preguntará acaso.

Respondo terminantemente: en todo país que llegue al delicioso estado en que se encuentra hoy la patria de Don Pelayo, del Cid y de otra porcion de personajes que se murieron á tiempo para no darse ántes á todos los diablos, de seguro la *Risa del Conejo* será la única posible.

¿Y cómo llega esa á convertirse en contagiosa peste?—Con el natural y lógico progreso de la bienaventuranza de que hoy goza España.

Antídoto exclusivo: el remedio heróico de una regeneracion que yo no quisiera creer imposible.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

REVISTA DE TEATROS.

La compañía italiana y su repertorio dramático.—TEATRO DE LOPE DE RUEDA: Vico en *Guzman el Bueno* y *Don Juan Tenorio*. La comedia original en tres actos, nominada: *El robo de Proserpina. La muerte civil.*—TEATRO ESPAÑOL: *El músico de la murga. Guerra á la guerra*, dolora de Campoamor. *Luna llena. El procurador de todos. El centro de gravedad.*—TEATRO DE LA ZARZUELA: *Zilda.*—TEATRO DE LOS BUFOS: *El espíritu del vino.*—TEATRO DE VARIEDADES: *De gustos no hay nada escrito.*

Grande ha sido la actividad que han desplegado los teatros de esta corte en el mes trascurrido desde m anterior *revista*. Algunos, como el *Español*, han menudeado las obras nuevas originales, bien que sin lograr ningun triunfo de los que encadenan por muchos dias la atencion del público. Otros, á semejanza de la *Zarzuela*, si no pueden ofrecernos á cada paso novedades tan costosas como *Zilda*, procuran amenizar las funciones mezclando y combinando con aquellas las obras más atractivas de su repertorio conocido. Cuál, segun vemos en *Lope de Rueda*, se afana por atraer al aficionado á la buena dramática, desenterrando producciones modernas que han llegado á considerarse clásicas por el mérito ó por el éxito, y que el predominio de los disparates *bufos* ha tenido relegadas al olvido en estos últimos años.

Tan laudables esfuerzos, recompensados hasta hace poco por el soplo de lisonjera prosperidad, no han bastado á resistir el desastroso impulso de los acontecimientos políticos que últimamente han desasosegado los ánimos, disgustando á unos, irritando á otros, atemorizando á los más con la idea de próximos y siempre aciagos trastornos. Esta preocupacion embarga hoy á muchos con fundado motivo, y se ha dejado sentir, más tal vez que en parte ninguna, en nuestros numerosos teatros, perjudicando notablemente á empresas y actores, y amenazando destruir las risueñas esperanzas que el buen principio de la actual temporada cómica habia despertado en el alma de los poetas escénicos. Las artes en general, y muy particularmente las que se dirigen á recrear el espíritu, sólo viven y florecen al amor de la paz, de la tranquilidad, del sosiego. Las musas inspiradoras de la fantasía huyen asustadas apenas ven aproximarse las furias que avivan el furor de las pasiones políticas, enemigas en todas partes de las letras amenas, funestísimas en España, donde la literatura dramática es tal vez el único terreno productivo para los ingenios. Las empresas teatrales necesitan, pues, redoblar sus esfuerzos si han de vencer ó atenuar en lo posible la dificultad y dureza de las circunstancias, ya que por lo comun entre nosotros todo parece conspirar contra los desgraciados cultivadores del arte.

Hacerse cargo de cuanto se ha representado en los teatros de Madrid durante el breve espacio de un mes, valdria tanto como proceder en lo infinito. Además, tan prolija tarea no podria ménos de ser estéril, pues muchas obras de las que han puesto en escena las diferentes compañías para llamar la atencion del público y atraerlo con el incentivo de la novedad, ya que no con el de la belleza y el mérito artístico, son de tal insignificancia ó de condiciones tan opuestas á lo que pide el gusto literario ménos afinado y exigente, que pararse á considerarlas fuera perder el tiempo y ha-

rles un inmerecido honor. Descartándolas como es sto, fijémonos en la compañía italiana dirigida por ayeroni, de la cual, falto de espacio y tiempo, no he cho aún sino dos palabras.

Esa compañía es quizá la más igual y completa de antas nos ha enviado de quince años á esta parte la tria de Goldoni, de Alfieri y de Nicolini. Verdad es e ninguna de sus actrices raya tan alto como la Risri ó la Santoni (aunque la señorita Tejsero es una ya encantadora por su ternura y buen gusto), y que mismo primer actor y director ha llegado á Madrid a que le precediera la clamorosa reputacion de un ódena, de un Salvini, de un Rossi. Pero en ley de rdad no es posible desconocer que Mayeroni es actor grandes facultades, y que en obras como *La forza ella coscienza*, no se muestra inferior á sus dos afaados predecesores. ¿Por qué no ha conseguido igual vorable éxito que uno y otro, no ya en materia de plauso, sino en lo que es no ménos importante al tista que vive del fruto de su talento? La ocasion en e ha venido á Madrid, el crecido número de teatros tónces recien abiertos, lo distante y no muy abrigado l precioso local escogido para presentarse, quizás mbien la índole particular de su repertorio, ha conibuido á malograr sus esfuerzos desde el principio. sentir es que no haya obtenido mejor resultado ecuniario una compañía de actores tan estimables.

Si no fuera cosa evidente que Italia carece en este glo de un teatro que pueda llamarse propio, pues las rmosas tentativas de Manzoni y de Nicolini no han stado á crearlo y desarrollarlo de un modo fecundo, carácter puramente francés de las piezas italianas e ha dado la compañía de Mayeroni bastarán para mostrarlo. Italia, que en los albores del renaciiento y en casi todo el siglo XVI fué delante de las más naciones y les sirvió de maestra en los varios mos de la dramática, ya enseñando el camino de aducir é imitar fructuosamente á griegos y romanos, encontrando el modo de combinar algo de lo aprenido en insignes poetas de la clásica antigüedad con lementos privativos hasta entónces del drama sacro gendrado en las entrañas de la Edad Media, y único rdaderamente popular por aquellos dias, se ha liitado desde hace dos siglos á seguir tímidamente las ellas del teatro francés; lo mismo en Alfieri que en onti, en Goldoni que en Costa, separándose raras ces del carril trazado por Corneille, Racine ó Moère, y apenas conservando más teatro indígena que s locuras del bergamasco *Arlecchino*, del napolitano *ulcinella*, del transteverino *Meo-Patacca*, del tracional *Pantalone*, en suma, de las diversas figuras ó áscaras de la grotesca farsa nacional, que por lo mun suele tener tanto de comedia como de sátira. ovísimamente ha bajado más todavía el nivel de la itacion, descendiendo desde la esfera del arte cláco al melodrama terrorífico de Bouchardy ó al reasmo exagerado y pernicioso de Dumas. De uno y tro participan las obras originales de autores italianos e ha representado Mayeroni, salvo alguna que otra xcepcion, como el *Orestes* de Alfieri. Pero la tragedia ásica no es género muy adecuado á las facultades i al gusto predominante en la compañía que ha inrpretado recientemente la seca y amanerada creacion l afrancesado imitador de Eurípides.

A juzgar por las obras ejecutadas en el *Teatro* y *irco de Madrid*, tanto Mayeroni como los actores e le secundan son más á propósito para dar vida al rama de pasion ó de carácter, y sobre todo al melorama que busca efectos ruidosos mediante la comicacion novelesca del plan y lo inesperado y terrible e las peripecias, que para interpretar la tragedia con quella majestuosa entonacion, grave sencillez y sera grandiosidad que hasta cierto punto la relacionan n la un tanto fria sublimidad de la buena estatuaia antigua. Su manera de representar el *Orestes*, rangonada con el desempeño de cualquiera de las roducciones de otro género en que tanto han sobreido, corrobora mi observacion. Consagrados prinpalmente al estudio de la *verdad real*, que tiene iento digno en las regiones del arte cuando no trasasa la valla de un bien entendido naturalismo, no es extraño que se hallen como fuera de su centro al poner en relieve la *verdad ideal* en quien se cifran las más elevadas aspiraciones de la poesía dramática. *La forza della coscienza*, escogida para su estreno, y *Giovanni Milton*, que debe ser una de las creaciones predilectas de Mayeroni (como lo da á entender el hecho de haberla preferido á todas para la funcion extraordinaria ejecutada en el *Teatro Real*), dícenlo harto claramente, y son tal vez las obras en que han rayado á mayor altura.

La primera supera en mucho á la segunda, no sólo en el modo de disponer y desarrollar la fábula, sino en la pintura de afectos y caractéres. Ambas pecan de excesiva prolijidad en ciertos pormenores, circunstancia que perjudica notoriamente al interés y al efecto escénico; mas tal prolijidad, disculpable en la novela, insoportable de todo punto en el drama, llega en *Giovanni Milton* á un extremo contrario á las peculiares condiciones del poema representable.

Quien concibe la idea de agigantar en el teatro lucha interior tan eficaz y aterradora como la que experimenta el protagonista de *La forza della coscienza*, representado admirablemente por Mayeroni; quien sabe imaginar contrastes y crear situaciones como algunas de los actos primero y segundo de este drama, la final del tercero y la que abraza casi toda la postrera mitad del último, no es ciertamente un autor vulgar. Momentos hay en que deja oir el vivo lenguaje de la pasion retratada con briosa naturalidad. Pero esto mismo, que manifiesta el valor de la facultad creadora del poeta y su conocimiento del corazon humano, le hace doblemente acreedor á justa censura cuando cae de tan elevadas regiones en el abismo de ampulosa y amanerada sensiblería.

En *Giovanni Milton* los defectos exceden á las bellezas. El prurito de tomar por fuente de interés dramático la estrafalaria deificacion del poeta, haciéndonos presenciar repetidas veces cómo el ciego secretario de Cromwell dicta largas tiradas de *El Paraiso perdido*, con la lentitud indispensable para poder escribirlas, sobre distraer al auditorio del principal objeto de la accion, fatigándole sin medida, es de un género que afortunadamente no logra ya seducir ni á los entusiastas cursis para quienes el ingenio, por el mero hecho de serlo, ha de sobreponerse á todo en el mundo y creerse con derecho á que las gentes lo contemplen y admiren arrodilladas. Así es que el *Milton* bosquejado en el drama, léjos de aparecer revestido de majestad y grandeza, como lo ha querido pintar el autor, se hace poco simpático por su destemplada iracundia, y pueril y punto ménos que despreciable por su desaforada soberbia.

Una y otra obra, además, parecen hechas de encargo para difundir ideas contrarias al catolicismo y á la autoridad monárquica, desatándose en invectivas contra Roma y el pontificado. Mas á pesar del mal espíritu revolucionario que respiran el discurso forense en que el héroe de *La forza della coscienza* procura defender á su amigo, y casi todos los eternos y descosidos actos de *Giovanni Milton*, nadie que discurra con sensatez dejará de encontrar inicuos los medios empleados por las sociedades secretas para deshacerse del que les estorba, ni de maldecir al que pretende labrar la dicha y libertad política de los pueblos por el camino del crimen. Nadie desconocerá que la conducta de Cárlos II de Inglaterra en el último acto de *Milton* es la más noble y generosa con el fanático y vanidoso poeta defensor del regicidio perpetrado en la augusta persona del infeliz Cárlos I.

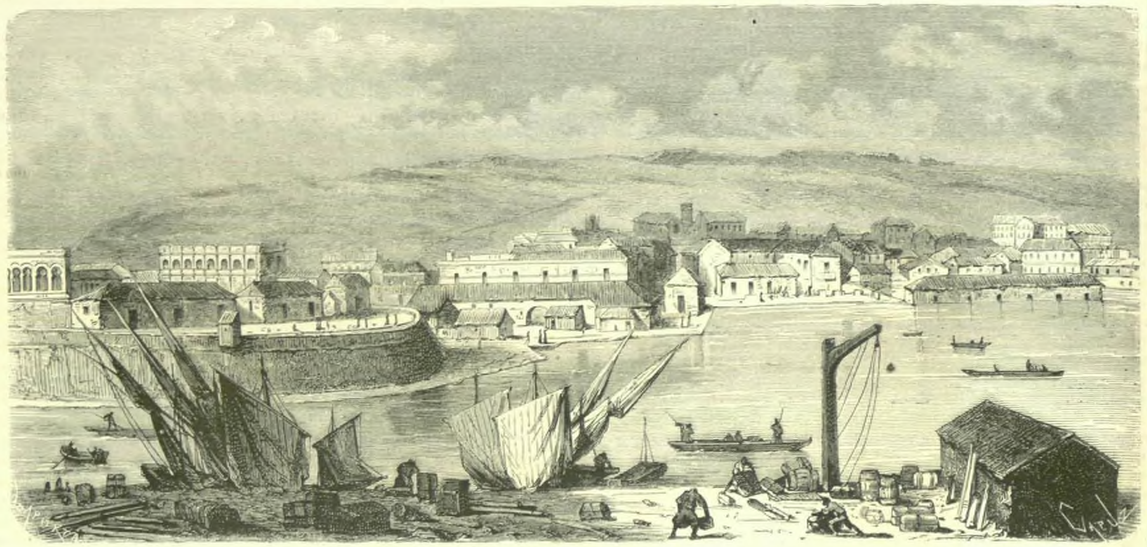
En los dos dramas, como en casi todos los que ha representado en Madrid, Mayeroni se ha mostrado capaz de sobresalir en las situaciones terribles de igual modo que en las tiernas y delicadas, patentizando al mismo tiempo que es un excelente director de escena. Algo podrian aprender de él en este punto nuestros primeros actores.

En cuyo número ha venido á tomar puesto por derecho propio, cada vez con mejores títulos, el modesto jóven colocado al frente de la compañía que actúa en el teatro de *Lope de Rueda*.

Los que al ver representar á Vico *Los amantes de Teruel* nos regocijamos considerándolo desde luego como legítima esperanza de la escena española, tan abatida y mal parada por falta de buenos actores, hemos tenido ocasion de afirmarnos más y más en aquel juicio, viéndole posteriormente representar el *Guzman el Bueno* de Gil y Zárate, y el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla. La popularidad de estas producciones, célebres entre las famosas de nuestro repertorio moderno, me excusa de analizarlas. Importa, sin embargo, indicar, para que puedan apreciase bien las dificultades inherentes á una buena representacion de tales poemas, que en ambos, y dadas las especiales condiciones de cada uno, suele ser más lo hinchado y declamatorio que lo realmente apasionado. De aquí la lucha necesaria, inevitable, que ha de emprender el actor consigo mismo para encontrar acentos propios de la verdad humana, allí donde el poeta se ha dejado llevar de su fantasía por los espacios de un idealismo exagerado, al extremo de hacerse ininteligible, ó donde ha rendido tributo á un sentimentalismo convencional, que se aparta de la elocuente sencillez, de la expresiva naturalidad y hermosura propias del lenguaje del corazon. Salvar tan peligrosos escollos, y salvarlos de suerte que por medio de las inflexiones de voz, de la actitud y gesticulacion del artista logre éste hablar al alma, agitarla, conmoverla, como si las frases que pronuncia fueran la verdadera expresion del afecto humano, empresa es quizás la más árdua y difícil que puede ofrecerse al talento y sensibilidad de un actor. Vico ha salido airoso en ella. Lo que hace en los últimos actos de *Guzman* y en el cuarto cuadro del *Tenorio*, basta para colocarle en primera línea. Justo es añadir que á su lado brillan, secundándole dignamente, otros dos jóvenes actores: Parreño, soldado rudo y brioso en el papel de *Nuño*, caballero lleno de dignidad y energía en el del *Comendador Ulloa*, y Reig, no sólo apto para la comedia, por su naturalidad, distincion y soltura, sino para llegar á la conveniente expresion de levantados afectos, como ha sabido demostrarlo en el hijo del defensor de Tarifa. La señora Castro ha dado tambien un gran paso en su carrera artística, logrando conmover al espectador y arrancar merecidos aplausos en el escabroso papel de *Doña María*, esposa de Guzman el Bueno. La señora Fenoquio hace en *Don Juan Tenorio* una dueña inmejorable.

Es lástima que el teatro de *Lope de Rueda*, donde se muestra honroso empeño de rendir culto á la buena literatura, haya cometido el desliz de aceptar y representar produccion tan disparatada y absurda como *El robo de Proserpina*. A no estar encomendado á García el extravagante papel principal de este conato de comedia, tal vez no hubiera llegado á concluirse. Pero la gracia natural de aquel actor y las simpatías que goza en el público, sirvieron de escudo á tan desdichada obra, contribuyendo á que pasara sin demostraciones hostiles en la noche de estreno. Y eso que la inverosimil manía mitológica del protagonista, es capaz de acabar con la paciencia de un santo.

Para desquitarse de semejante revés, los actores de la calle del Barquillo nos han dado *La muerte civil*, drama italiano en cinco actos, atinadamente reducido á tres por el traductor y arreglador don Calisto Boldun. Considerada en el terreno de la pura belleza artística, *La muerte civil* no puede satisfacer á las personas de gusto severo, ni por el género á que pertenece, ni por los medios empleados para conducir y desenlazar la accion, que marcha á veces con demasiada lentitud. A pesar de ello, el drama despierta en ocasiones vivo interés, recomendándose ante todo por los apasionados rasgos que avaloran algunas escenas. Analizar el carácter de *Laurencio*, en quien se compendia el pensamiento moral reducido á poner de bulto las horribles consecuencias que produce dejarse arrebatar del furor hasta el punto de cometer un gran crimen, áun no estando el alma templada para el delito, exigiria detenerse en consideraciones que no caben en los reducidos límites de la presente *revista*. Al bosquejar las angustias de un padre amoroso condenado á no poder revelar á su hija que le ha dado el sér, fugado del presidio en que debia terminar la vida por haber muerto violentamente á su



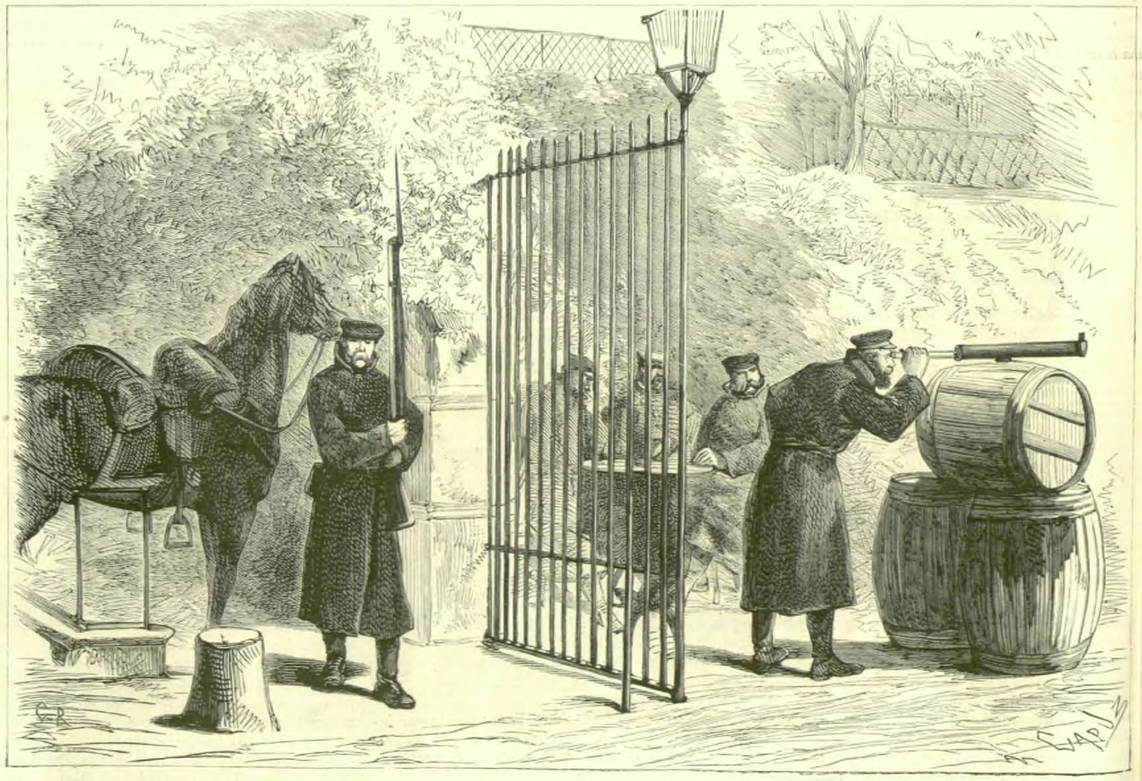
AMÉRICA.—VISTA GENERAL DE MATANZAS, ANTES DEL HURACAN.

cuñado en un arrebato de desesperacion, el poeta se ha propuesto principalmente ofrecer al actor ancho campo donde lucir sus facultades y su talento. Así lo deja entrever la circunstancia de haber sido escrito el drama para Salvini, y de hallarse subordinadas al desarróllo de aquel carácter todas las demás figuras. Atreverse á representar esta obra donde la ha representado ántes el insigne trágico italiano, es empresa tan arriesgada que

el intentarla sólo es heroísmo.

Justificar el arrojo haciéndose aplaudir y llamar á las tablas una y cien veces, conmoviendo al público y arrancando lágrimas á sus ojos, vale tanto como poner sello glorioso á una reputacion de artista y conquistar un primer puesto entre los mejores intérpretes de la inspiracion dramática. Tan valioso triunfo ha logrado Vico en las representaciones de *La muerte civil*.

Quien posee tales medios y hace tan concienzudo



LA GUERRA.—AVANZADA PRUSIANA EN EL PARQUE DE SAINT-CLOUD.

estudio de los afectos y caractéres humanos bien merece ocupar en los principales teatros de la corte el lugar correspondiente á su mérito. Siga el distinguido artista por ese camino sin desvanecerse ni engreirse al rumor lisonjero de los aplausos, ántes bien esforzándose por arrancar un secreto á la naturaleza, maestra de los grandes actores, y cada dia podrá recoger nuevos y más preciados laureles.

La muerte civil ha demostrado tambien que Vico sabe disponer y armonizar los cuadros escénicos, utilizando convenientemente los elementos y escasos recursos de que dispone. La señora Castro, la señorita Menendez, Parreño, Cortés, Reig, Medel y cuantos intervienen en la representacion de *La muerte civil*, son dignos de elogio. Es tan buena la idea que descubre *El Músico de la Murga*, comedia en tres actos y en prosa, representada en el *Teatro Español* y escrita expresamente para Valero por el señor Enrique Perez Escrich, que la crítica no puede ménos de sentirse inclinada á mirar sus defectos con indulgencia. Atraer á un empedernido libertino al sendero del puro amor y de la virtud, por medio del consolador espectáculo de un corazon inocente y de una honradez á toda prueba, es la piedra angular en que estribe *El Músico de la Murga*. La idea, considerada en abstracto, es poética y verdadera; y aunque los recursos de que el autor se vale para ha-

LA FE DEL AMOR.—¡Mátame de una vez y no me atormentes! (pág. 124.)

cerla perceptible y llevarla á término pecan de exageracion é inverosimilitud; aunque el anhelo de aparecer sencillo y candoroso le arrastra con frecuencia al extremo donde se trueca lo sencillo en trivial y lo candoroso en ñoño; aunque hay falta de sobriedad en el conjunto y en no pocos pormenores, todavía la comedia del señor Escrich no puede considerarse en justicia desprovista de pasajes delicados y bien sentidos. Los caractéres mejor delineados son el del músico *Don Isidoro* (que recuerda al maestro Pórpora de la novela de Jorge Sand) y el de su hija *María*. Desgraciadamente desde el último tercio del acto primero la accion empieza á rodar por la pendiente de lo falso, enemigo de toda belleza artística. Valero ha mostrado elocuentemente, sobre todo en la difícil situacion final del acto segundo, que es aún el mismo gran actor de otros tiempos. Esfuerzos laudables ha hecho la señora Cayron en el papel de *María*: Elisa Boldun hubiera estado más en carácter.

El público ha recibido con aplauso en el coliseo de la calle del Príncipe una *Dolora* ó diálogo escénico de Camposmor, titulado *Guerra á la guerra*. La índole de esta novedad dramática y las consideraciones trascendentales á que se presta el asunto, piden más detenido exámen del que consiente la ya demasiada extension del presente artículo, y exige la merecida fama del poeta. Hárelo en otra ocasion, limitándome por hoy á celebrar gozoso el buen éxito de esta ingeniosa tentativa de uno de mis más queridos amigos.

Luna llena y *El Procurador de todos*, ambas escritas en un acto y en verso por el señor Pelayo del Castillo, se han estrenado á par de aquella en el *Teatro Español*. En la primera (reminiscencia de la linda pieza italiana titulada *I gelosi fortunati*) debutó, como ahora se dice, el jóven actor don Julian Romea, á quien está reservado buen porvenir en la carrera que emprende.

El Centro de gravedad, comedia en tres actos y en verso, original de don Francisco Perez de Echevar-

COSTUMBRES POPULARES DE MADRID.—Un trovador del siglo XIX, por Ortego.

ría, es la última produccion nueva con que nos ha regalado el teatro dirigido por el señor Catalina. Estimo esta comedia inferior á *Las Quintas*, aunque no carezca de algunos golpes de efecto. Los caractéres flaquean por exceso de exageracion. ¡Lástima que el señor Echevarría haya cimentado su obra en una intriga vulgar nada nueva, cuando el marido que se esfuerza sin conocerlo por ponerse en ridículo y coadyuvar á la propia deshonra, buscando quien distraiga á su mujer mientras él corre desalado á echarse en brazos de la disipacion y de los deleites, da márgen por sí sólo (estudiado y comprendido de otra manera) á una comedia de enseñanza más eficaz y provechosa! En la ejecucion sobresalen la señorita Boldun, y los señores Romea (don Florencio) y Fernandez, el cual caracteriza muy bien al agradecido asistente *Bombarda*, figura la más natural y mejor delineada y colorida.

El teatro de la *Zarzuela* ha procurado corresponder al constante favor de sus numerosos concurrentes con la *Zilda* de Flottow, ópera cómica en dos actos, estrenada en París el año de 1866. El brillante éxito de esta graciosa y delicada creacion musical, patentiza que nuestro público

si cuando le dan paja come paja,
siempre que le dan grano come grano.

Digo mal; el grano le sabe mucho mejor que la paja y lo saborea con mayor delicia, lo cual prueba su buen gusto.

El argumento de *Zilda* está tomado de un cuento de *Las mil y una noches*, y participa de la naturaleza del apólogo por la sencillez de la trama y por la leccion moral que le sirve de corona y remate. Pero esto, que nunca será indiferente, y ménos tratándose de un género en que lo impío, lo inmoral, lo chabacano, lo absurdo, ha logrado por algun tiempo sobreponerse á todo, predominando miseramente en nuestra escena cómico-lírica, si avalora las condiciones de *Zilda*, es secundario hasta cierto punto en un poema donde lo primordial es la música. Distínguese la de Flottow por la ingenuidad de la melodía y por el primor de las combinaciones armónicas, elementos que dan al conjunto de sus creaciones un cierto no sé qué de elegancia simpático y atractivo. *Zilda* no desmiente ser hija de tan buen padre; así es que le ha bastado presentarse ante el público madrileño para hacerlo inmediatamente suyo.

¿Y qué diré de la ejecucion? Que en ella es aplaudidísima la Bernal, porque lucha noblemente con dificultades superiores á sus fuerzas, y que rivalizan en buena voluntad, y en acierto á veces, la Velasco, Loitia, Miró, Landa, y sobre todos Salas, en quien se ve siempre al maestro educado en la gran escuela de canto de que van quedando ya contadísimos discípulos. La orquesta y los coros han merecido bien del arte. Y como la accion de *Zilda* pasa en Oriente, la empresa de la *Zarzuela* ha procurado que los trajes y decoraciones sean de un lujo fastuosamente oriental. ¿Cómo no ha de obtener el favor del público quien tan generosa y discretamente se afana por complacerlo?

La estrella de los *Bufos* empieza á experimentar eclipse, y no tardará mucho en oscurecerse, si no deja el camino de perdicion en que ahora se encuentra. El reciente fracaso de *El espíritu del vino*, es claro síntoma de ello. Grandes han debido ser los gastos efectuados para poner en escena esa parodia, no destituida completamente de gracia. Pero hasta la necedad chistosa llega á parecer insufrible á los mismos que únicamente se pagan de frivolidades, cuando se toman por cotidiano alimento.

Injusto fuera terminar la presente *revista* sin hacer conmemoracion del proverbio original de D. Fernando Martinez Pedrosa, titulado: *De gustos no hay nada escrito*. Por lo ingenioso del argumento, por la naturalidad y soltura del diálogo, y sobre todo por el tino con que á grandes rasgos están pintados los caractéres, este elegante cuadro de costumbres es justamente aplaudido todas las noches en el modesto teatro de *Variedades*. La eleccion de tan linda pieza, que la Buzon y Vallés representan con sumo acierto, habla mucho en pro de su delicado gusto.

MANUEL CAÑETE.

EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE STRASBURGO.

En el número anterior ofrecimos publicar una copia de esta maravilla del arte religioso, y cumplimos nuestra promesa.

Nuestros lectores pueden admirar su portentosa belleza en el grabado de la pág. 420.

Hé aquí ahora algunos datos relativos á su fundacion.

Antes de construirse la hermosa catedral que hoy existe, se hallaba en el área que ocupa, la iglesia edificada por el primer obispo de Strasburgo *Saint-Amaud;* pero habiendo sido incendiada por el duque de Swabia en 1002, los gobiernos posteriores, queriendo en parte reparar aquel sacrilegio, proporcionaron la construccion de la que hoy pasa por una de las primeras obras del arte. La catedral de Strasburgo, sin embargo, no empezó á edificarse hasta el siglo XIII, y puede decirse que áun no está terminada, pues le falta una de las torres de la fachada.

Este edificio es el compendio, el resúmen de los más selectos que ha concebido la arquitectura religiosa desde el estilo bizantino hasta el gótico más moderno. Erwin de Steinbach puso la primera piedra en el año 1277, y á su muerte quedó encargado de las obras su hijo Juan, á quien se deben las preciosas esculturas de la puerta de San Lorenzo. La atrevida é incomparable aguja calada, que adorna la torre de la fachada, tiene 437 piés de altura. En su construccion se emplearon ciento sesenta y dos años. Entre las innumerables bellezas que se admiran en la fachada principal, sobresalen las magníficas esculturas que adornan las arcadas de las puertas.

Á pesar del terrible bombardeo que ha sufrido Strasburgo, su magnífica catedral ha salido ilesa, y por más que digan los franceses, el ejército sitiador ha respetado tan sublime concepcion del arte. ¡Quién sabe si corresponderá á los alemanes que le empezaron, la gloria de terminar tan grandioso monumento!

LA FIEBRE AMARILLA EN BARCELONA.

El grabado que se publica en otro lugar de este número alude y es relativo á la terrible epidemia por la cual acaba de atravesar la culta Barcelona.

En efecto, esta bella ciudad ha pasado por una de esas grandes y desastrosas crísis que sufren á veces los pueblos y que acaban con ellos, ó á lo ménos los abaten para muchos años si, como Barcelona, no tienen grandes fuerzas vitales y propias para reponerse prontamente.

Traida, segun se supone, por un buque mercante, la fiebre amarilla se presentó inopinadamente en Barcelona á últimos de Agosto de este año. Al tenerse noticia de los primeros casos, el terror se apoderó de los habitantes, que huyeron á la desbandada. Los fugitivos invadieron todos los pueblos de las cercanías de la capital, creyéndose allí en salvo, porque es opinion de la ciencia —no desmentida hasta ahora,—que están libres de esta peligrosa enfermedad todos los que, separándose del litoral, van á buscar un refugio en el interior.

Por espacio de cerca de dos meses, la capital del Principado se ha visto afligida por el azote. Sus casas estaban desiertas, sus tiendas cerradas, sus capitalistas ausentes, y habia desaparecido por completo esa vida, esa animacion, ese movimiento continuo que dan una fisonomía especial á la capital de Cataluña, y que hacen de ella una de las ciudades más animadas de España.

Barcelona, que tiene sus principales focos de vida en su puerto concurridísimo, en su extendido comercio y en su pujante industria, iba á sufrir perjuicios de consideracion y males irremediables, si por fortuna celosas autoridades y patricios eminentes no hubiesen tratado de conjurar el peligro haciendo frente á todo con abnegacion y patriotismo. El Ayuntamiento, la Diputacion provincial, el gobernador civil, la Junta de sanidad, los alcaldes de barrio, todos han permanecido en su puesto, y todos han sabido estar á la altura de las circunstancias.

A más, el ministro de la Gobernacion don Nicol María Rivero fué en persona al punto infestado p tomar las providencias que creia oportunas, y sin t mor al contagio, estuvo algunos dias en Barcelor dando relevantes pruebas de valor cívico y patriotism Lo propio sucedió con los diputados á Córtes p aquella provincia señores don Víctor Balaguer y d Pascual Madoz. Estos se ofrecieron al Gobierno para á Barcelona, á pesar de la epidemia, y luégo han si dos celosos y constantes defensores de los intereses aquella ciudad, velando por ella á todas horas y en t dos momentos cerca del Gabinete.

En Barcelona, lo propio que otras veces ha sucedi en aquella industriosa ciudad, se han hecho verdad ros milagros. La actividad, la inteligencia, el sacrific la caridad, la abnegacion, han hecho estos milagr Han bastado horas para levantar grandes hospital provistos de todo lo necesario sin que dejaran nada q desear; se han necesitado pocos dias para desocupar Barceloneta, pobladísimo barrio donde la epiden habia establecido su principal foco de infeccion; y c puede decirse que sólo momentos han sido bastan para que la proverbial caridad de los barceloneses l vara á todas partes é hiciera llover sobre todos sus l neficios.

Los principales fabricantes, por su parte, han co tribuido no poco á dominar la crísis. Teniendo abi tas sus fábricas, han conseguido que no quedaran la calle y en la miseria miles de trabajadores, los c les así han podido contribuir al bienestar de infini familias.

Así, con multiplicados rasgos de abnegacion y p triotismo, es como se han podido combatir los hor res del mal, como se ha podido alejar al ángel de muerte de muchos hogares, como se ha podido dar á los espíritus y calma á los afligidos, y así es, fin mente, como se ha conseguido hacer más llevader situacion aflictiva de la segunda capital de España.

Los inmensos recursos que ésta tiene, las fuer vitales de que dispone, el carácter laborioso y activo sus hijos, hacen esperar que pronto recobrará Bar lona su estado normal, y que no tardará aquella ciud reaccionada de sus quebrantos, en hacer gala aquella exhuberancia de vida y de prosperidad tanto la caracterizan.

J. B. C.

MATANZAS.

La noticia de los terribles huracanes de que sido víctima algunos distritos de la isla de Cuba los dias 7, 8, 9 y 20 del pasado Octubre, han caus honda sensacion en la Península. No podia ménos ser así; porque no sólo los sentimientos humanitari sino las afecciones de familia, hacen que todas desgracias de la metrópoli ó de las Antillas se sien á un mismo tiempo en éstas y en aquellas.

El primer huracan causó inmensas pérdidas á hermosa y rica ciudad de Matanzas, cuya vista rep ducimos en la pág. 428. Una de las más import tes de Cuba por sus magníficas plantaciones de c y por su comercio de azúcar, ha perdido por efe del temporal una cuarta parte lo ménos de la cose de caña y la mitad de la de sus exquisitos frutos.

Enviamos á sus habitantes nuestro pésame, y d seamos vivamente que se resarza de estas pérdi viendo avanzar la pacificacion del territorio.

Matanzas, ciudad y fuerte, se halla situada en costa septentrional de la isla de Cuba, á los 23° latitud N. y á los 78° de longitud O. Es capital de bierno y de la tercera division militar, y puede co siderarse como la segunda plaza mercantil de la is

AVANZADA PRUSIANA

EN EL PARQUE DE SAINT-CLOUD.

El grabado que publicamos en la pág. 428, repr senta una avanzada prusiana situada al final de la a nida del Parque de Saint-Cloud. Los oficiales sent dos alrededor de una mesa descansan tranquilamen

mientras el centinela sigue con un anteojo los movimientos del enemigo.

Tres dragones esperan las órdenes del jefe superior para trasmitirlas al resto del ejército. A mano izquierda aparece una silla y un palanganero con su correspondiente espejo, objetos todos indispensables para la *toilette* de los oficiales.

UN TROVADOR DEL SIGLO XIX.

Si Manrique de Lara pudiera ver á su descendiente tal como lo ha pintado Ortego, copiándolo del natural, se volveria al sepulcro, protestando de tan horrible profanacion de su arte.

En efecto, el antiguo bando ha ido perdiendo poco á poco su carácter y su belleza, llegando á resignarse con la figura de un desarrapado viejo, ciego por añadidura, que arañando las cuerdas de una desvencijada guitarra, solaza en las esquinas con la *Oracion de San Antonio*, el *Punto de la Habana* ó las *Ligas de mi morena* los ócios de alguna fregatriz cuando va á la fuente por agua y por requiebros militares, de algun aguador sentimental, de alguna madre Celestina que recuerda sus verdes años al oir la monótona rascadura de la vihuela, y de los chicos y mujeres del pueblo bajo, que han venido en el órden de ideas que presentamos, á reemplazar á las altivas castellanas, que desde las ventanas ogivales se dignaban escuchar las trovas, pagándolas con una mirada ó una flor.

El público del trovador moderno es más democrático, y el espectador más rumboso le regala un ochavo moruno.

De todos modos, bueno es que el lápiz conserve á la posteridad cuadros de costumbres como el que ofrecemos: ellos hablan á la vista y á la imaginacion, haciendo reir á unos y pensar á otros.

MECÁNICA.

ALAMBIQUES DE MR. SAVALLE.

Continuando la tarea que en beneficio de la industria de nuestro pais nos hemos impuesto de dar á conocer los aparatos inventados por el distinguido mecánico Mr. Savalle, reproducimos en este número la figura que representa el aparato destilador rectangular de su invencion, el cual es de hierro fundido y tiene un calienta-vino de un nuevo sistema.

Explicaremos el aparato:

A. Basamento de la columna.

B. Columna rectangular de enjuague de un nuevo sistema, que ofrece la ventaja de no ensuciarse.

C. Calienta-vino que recibe directamente el calor por el contacto de los vapores con la materia que se quiere destilar.

D. Tubo que comunica con el refrigerante.

E. Refrigerante tubular.

F. Tubo por donde salen los alcoholes.

G. Graduador de la potencia de la merma *g* de la temperatura de los alcoholes puros.

H. Espita ó tubo por donde salen los alcoholes puros.

I. Regulador del calor de la columna.

J. Comunicacion de presion al regulador.

K. Depósito de los jugos fermentados que deben destilarse.

L. Depósito de agua fria.

N. M. Tubo de comunicacion de los vinos del refrigerante con la columna rectangular.

Esta columna de hierro fundido es más barata que la que reproducimos en el número anterior, que es toda de cobre. Se monta y se desmonta con mayor facilidad, y puede tambien aplicarse lo mismo á la destilacion de los granos que forman masa pastosa, que á la de la remolacha.

Esto es muy importante para los establecimientos destilatorios agrícolas, que no pueden limitarse á funcionar durante cinco meses, sino que deben practicar la destilacion de los granos en el verano, para poder dar los desperdicios como alimento al ganado en las épocas en que se carece de forrajes. En la columna de que hoy nos ocupamos, el contacto del vapor y del vino que se destila se verifica con auxilio de un sistema especial obtenido por la superposicion de las partes ó piezas de la columna, ninguna de las cuales puede obstruirse.

El horno calienta-vio está formado por muchas capas de liquido en movimiento, cuya superficie superior calienta directamente los vapores alcohólicos, y cuya superficie inferior recibe el calor á través de superficies metálicas. Además de su gran sencillez y la facilidad con que puede limpiarse, este sistema ofrece la ventaja de ser barato.

Los precios de este alambique los establece el fabricante á medida que los construye, procurando reducir más y más su importe para ponerlos al alcance de todas las fortunas.

Mr. Savalle se ha establecido, mientras dura la guerra, en Ostende. La Administracion de LA ILUSTRACION pondrá en relacion con el fabricante á cuantas personas deseen aprovechar sus utilísimos inventos.

ÁLBUM POÉTICO.

EL CANTOR SCHAHKOULI.

(IMITACION DE ALCARDI.)

Envueltas de polvo y humo
entre la bruma pesada,
se ven las doscientas torres
de Bagdad, la ciudad santa.
Oscilan los minaretes
al impulso de las llamas,
y se oyen do quier gemidos
y lamentos y plegarias.
Sólo en un pórtico oscuro
reina pavorosa calma,
que allí en silencio un mancebo
lucida hueste prepara,
dispuesta á morir matando
por su Dios y por su patria.

Vencida quedó la hueste,
y por el turco diezmada;
desde su tienda de seda
vió Amurates la batalla.
Al mirar los prisioneros
que á su cautiverio marchan:
—Esclavos, dijo, traedme
del persa que los mandaba,
en una bandeja de oro
la cabeza ensangrentada.

Y era un cantor el mancebo,
celebrado por la fama,
desde la orilla del Tigris
á los confines del Asia.
—Dispuesto estoy á la muerte,
con voz exclamó muy alta;
pero de ver al caudillo
pido la suprema gracia,
no ya por mí, por el arte,
que tal vez conmigo acaba.

Del tirano en la presencia
las cuerdas templó del arpa,
y el canto de su agonía
lanzó á la turba asombrada.
Era su voz un concierto
de sollozos y de lágrimas,
una lluvia de suspiros
en el desierto del alma.

Cantó despues de la guerra
los horrores y la saña,
las cenizas de los héroes,
la tierra muda y esclava,
y sus notas parecian
juramentos de venganza,
agudo son de clarines,
ronco silbido de balas.

Por fin el himno entonando
de la redencion humana,
narró de la paz los goces,
del amor las esperanzas,
y artes, letras, monumentos,
siendo memoria sagrada
de los cantores ilustres
y los clementes monarcas.

Tristes quedaron los rostros
al escuchar sus palabras;
los más feroces soldados
envainaron las espadas;
desde su elevado trono
tranquilo Amurates baja
y al cantor la mano tiende,
y de este modo le habla:
—Vida y perdon te concedo;
que quien cual tú siente y canta,
á los más fuertes humilla
y á los más grandes ensalza.

Fiero Neron á Amurates
los historiadores llaman;
mas del músico persiano
áun suenan las alabanzas
desde la orilla del Tigris
á los confines del Asia.

M. DEL PALACIO.

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LO QUE HABLARON ÁNGELES, ELENA Y ENRIQUE.

(Continuacion.)

—¡Ah! el corazon es ciego y loco, dijo sin poder contener sus lágrimas Elena: yo no deberia amarle: él no me comprende: él ha creido que yo le he abandonado, porque las apariencias que pesan sobre él me impiden verle y áun escribirle, y ha vuelto á los amores de la otra... á unos amores infames, porque ella es casada: ella ha estado ayer en la cárcel, y ha salido de ella conmovida.

—En ese asunto, dijo Ángeles, es necesario obrar con una gran prudencia: tiempo hay: yo confio en esa providencia de Dios, y ya estamos avisados: ocupémonos de lo que es más importante por el momento: de usted, hija mia: ¿no preguntó usted nada á la que pasaba por tia de usted?

—Sí; pero me respondió con evasivas, y al fin me impuso silencio: era avara; tan avara, que me hacia trabajar, señora, bordar para una tienda: yo he sido muy desgraciada; lo soy aún.

—Esas desgracias cesarán, hija mia, exclamó Ángeles: Dios ha querido que nos encontremos, y no ha querido sin duda que nos encontremos en balde; pero tranquilicese usted, dominese usted, que no puedan sospechar por la conmocion de usted.

—Ellos están acostumbrados á verme conmovida, señora; ellos saben cuánto sufro: saben tambien que yo he buscado en ustedes una proteccion para Estéban: aunque me vean llorar no sospecharán: comprenderán que he hablado á ustedes de él, y que hablando de él me he conmovido: ¡ah! yo no puedo tranquilizarme: yo estoy mala: yo sufro horriblemente, y despues de la revelacion que he debido á ustedes... ¡oh! esto es terrible... yo estoy segura de que soy hija de esa señora, parienta de ustedes.

—¡Oh! ¡y yo tambien! exclamó Ángeles.

Y no pudiendo contenerse más, asió la hermosa cabeza de Elena y la cubrió de besos.

—Pero es necesario ser prudentes, dijo Enrique, y ocultar de una manera absoluta este secreto, hasta que llegue el momento de la prueba: yo estoy seguro de que tio Pedro podrá darnos luz sobre ello: ahora, prima, permítame usted que la llame así, cuando nadie nos oye más que nuestra tia Ángeles, que es un ángel que Dios me ha dado por madre; ahora, pues, es necesario de todo punto sobreponerse á la situacion, serenarse: me parece que veo desembocar por allí á esos dos dignos esposos.

En efecto, el Pintado y Gabriela salian entónces de entre unos ramilletes de arbustos.

Elena hizo un violento esfuerzo y logró dominarse.

Pero no de tal manera que no quedaran huellas en su semblante de las terribles emociones pasadas.

En cuanto á Gabriela, cuando se encontraron, nada pudieron notar de extraño en ella.

Estaba perfectamente tranquila, y sonreia como un ángel.

—Dispensen ustedes, dijo el Pintado: nos perdimos, y hemos estado perdidos hasta ahora.

—Yo estaba segura de que nos encontraríamos,

amigos mios, dijo Ángeles: la quinta no es muy grande, aunque por su disposicion lo parece: más que una quinta es un jardin extenso; pero volvámonos: esta señorita se ha puesto mala.

—¡Oh! ¡sí! exclamó Gabriela: anoche ha pasado muy mala noche; y yo crei que con este paseo se aliviaria.

—Y me he aliviado mucho, en efecto, dijo Elena.

—Sin embargo, exclamó el Pintado, yo creo que debemos retirarnos.

—Como ustedes quieran, dijo Ángeles; nos iremos todos; yo hago tambien falta en casa: he dejado abandonado á mi buen tio, que está enfermo, más enfermo que lo que parece.

Algunos momentos despues, montaban las tres señoras en un carruaje.

Enrique y el Pintado en otro.

Se dirigieron á Madrid.

—Adivinaria lo que tiene Elena, dijo el Pintado de la manera mas natural del mundo.

—Sufre, dijo Enrique.

—Es una chiquilla: la costumbre: se creia enamorada del otro: ¡pobre muchacho! ¡lo pierde todo! y lo siento: ¡la novia y la vida! y estoy seguro de su inocencia; ¿pero quién lo prueba?

—¿Y qué le hemos de hacer? exclamó Enrique, fingiéndose lo que no era, por engañar al Pintado: esto es: un egoista, que porque amaba á Elena se alegraba de que se llevase el diablo á su novia.

—Tiene usted razon, señor don Enrique: cada cual tiene bastante con sus negocios propios; y luégo, que aunque yo creo inocente á Estéban, no juraria: ¿quién sabe? la vieja le contrariaba; Elena no queria casarse con él sin el conocimiento de su tia, y Estéban sabia demasiado que la vieja no daria su consentimiento: á mi me repugna creer que un tan buen muchacho como Estéban haya llegado á tanto; y yo lo creo que me repugna: sin embargo, Estéban es violento; si no mediase robo yo dudaria: Estéban es incapaz de robar: sin embargo, tal vez por desorientar... él ha pretendido que dos frailes le detuvieron en el camino: todo el mundo sabe que los Pulgas se disfrazaban de frailes; pero se ha probado que los Pulgas estaban aquella noche á la hora del crimen en otra parte; aquí se encuentra una premeditacion en la declaracion de Estéban: ¿quién sabe? ¿quién sabe, señor don Enrique? Sin embargo, yo haré todo lo que pueda por él, y estimaré á usted mucho que haga usted en su favor todo cuanto pueda.

—Son, sin embargo, tan fastidiosos estos negocios... dijo Enrique; y á más, me parece que ha cambiado mucho de ayer acá la Elenita.

—¡Ah! ¡cuando yo se lo decia á usted! y ha pasado la pobre chica una noche de delirio; en fin, sea como fuere, aunque la sala conmute la pena del infeliz en cadena perpétua, Elena tendrá que renunciar, y creo que dentro de poco no le costará gran trabajo.

Enrique se vió obligado, hasta que llegaron á Madrid, á sostener una conversacion repugnante con el Pintado.

Cuando se despidieron en la puerta de la fonda de las Peninsulares, el Pintado le dijo:

—Si Elena se alivia, que se aliviará, pienso que vayamos esta noche al teatro del Príncipe: ¿quiere usted acompañarnos?

—Sí, dijo Enrique: hasta la noche.

—Hasta la noche.

Y Enrique se metió en el carruaje de su tia Ángeles, y se volvió con ella á su casa.

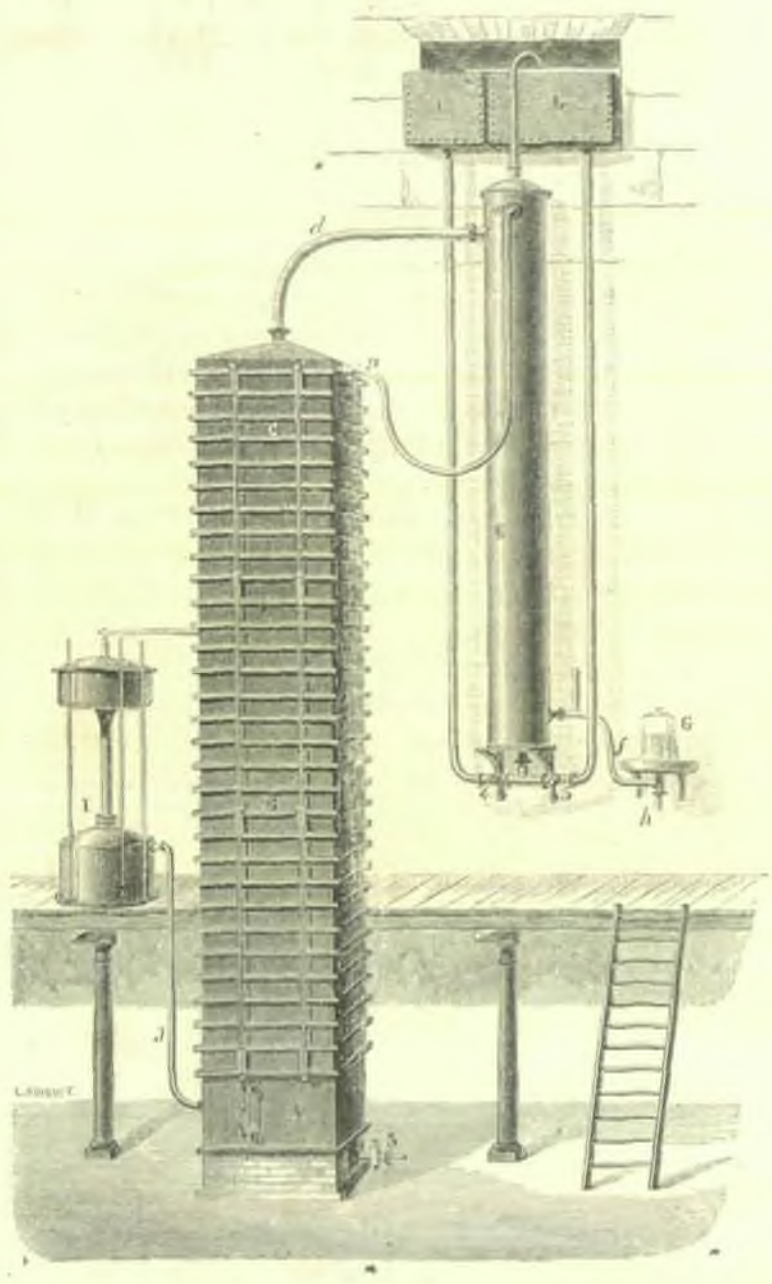
XXVI.

UN PÍCARO QUE TOMA PRECAUCIONES, Y UNAS PRECAUCIONES QUE MATAN Á UN PÍCARO.

El Caballero, esto es, don Nicolás Angulo, despertó al dia siguiente de la entrevista del Pintado con Teresa, á su hora de costumbre: á las diez de la mañana.

El Caballero se daba buena vida.

Teresa se levantaba dos horas ántes.



ALAMBIQUE DE MR. SAVALLE.

Era necesario que todo estuviese al corriente para que el Caballero, que tenia muy mal genio, no se incomodase.

Apenas despertó, llamó.

Teresa acudió con el chocolate.

—Bien, muy bien, hija mia, dijo el Caballero; pero yo te necesitaba para otra cosa.

—¿Qué cosa? dijo Teresa.

—Tenemos que hablar largamente, dijo el Caballero; mi vida está en peligro.

—¡Cómo!

—Sí, mujer, sí: no se cogen truchas á bragas enjutas; y ese negocio que, como te he dicho, me redondeará, ó nos redondeará, porque lo mio es tuyo, tiene sus peligros. Se trata de un lobo.

Y el Caballero se tomaba entre tanto tranquilamente el chocolate con bizcochos que le habia llevado Teresa.

—¿Y á qué te metes tú, dijo ésta, en negocios comprometidos?

—No se gana mucho dinero así como quiera, dijo el Caballero: todo tiene su precio: en fin, mira, hija mia, yo voy á vestirme; vístete tú tambien; que vaya entre tanto Nicolasa á buscar un coche; almorzaremos en el campo; no quiero decirte en casa lo que te *tengo* que decir, porque es muy grave y las paredes oyen.

—Vamos, pues ya me estoy muriendo de curiosidad, dijo Teresa, y voy á vestirme cuanto ántes.

Media hora despues entraron en un carruaje de plaza, y el Caballero decia al cochero:

—Á la venta del Espíritu Santo.

Apenas arrancó el carruaje, el Caballero dijo:

—¡Ay, Teresa, Teresa; no sabes tú á lo que me expongo por lo que te quiero, paloma mia!

—¡Ah! pues puedes quejarte tú; como si no anduviera por el mundo ese maldito capitan de coraceros que me dice siempre que me encuentra que me va á rajar si no te dejo.

—Pero es coracero.

—Y bien; ¿es que crees tú que un coracero no es capaz de cualquier atrocidad?

—Hombre, yo no digo que no; pero un coracero es un soldado, y un soldado no dispone de sí mismo; y él se quedará aquí de guarnicion, como si dijéramos prisionero, y nosotros, en cuanto yo haga mi negocio, nos iremos con la música á otra parte á casarnos y á ser felices. ¿Qué te parece si nos fuéramos á Sevilla?

—Vaya, que es tierra caliente.

—Y tierra alegre y de gente gastosa. Yo tengo unos seis mil duros, porque dos mil nos los hemos comido ya; recibiré otros ocho mil; son, pues, catorce mil. ¿No te parece que con catorce mil duros se puede montar una casa de empeño y sacarse muy bien cuatro ó cinco mil duros al año?

—Vaya, y que me pinto yo sola para eso; como que tengo gracia y garabato, y como que iremos á mi tierra, y yo los entiendo. Pero oye, tú; ¿de dónde vas á sacar ocho mil duros?

—De un secreto, y no serán éstos los últimos; porque mientras ciertas personas vivan, ó estén en España, tengo yo una mina abierta.

—¡Un secreto!—dijo Teresa.

—Sí, hija mia; aquí se puede decir todo, porque por fino que tenga el oido el cochero, el ruido de las ruedas cubre la voz. Yo tengo el secreto de un asesinato.

—¡Caramba! exclamó Teresa. Pues me gustas ahora más, Nicolasito mio; tú eres hombre que vales. Cuéntame, hijo mio, cuéntame.

—Sí, un asesinato, del cual se ha hecho responsable á un inocente sobre el cual recaen gravísimas apariencias, en tanto que el verdadero asesino está libre y respetado, y nadie sospecha de él.

—Vaya, hijo; ¿y es ese el pagano?

—Pues naturalmente; si yo hablo é indico dónde hay pruebas concluyentes, el error se deshace; ponen en libertad al que no tiene culpa y prenden al culpable, que aparecerá cargado con un delito más, el de haber hecho con premeditacion y alevosía, por vengarse, que por medio de diabólicas apariencias caiga sobre otro la responsabilidad de su delito.

(Se continuará.)

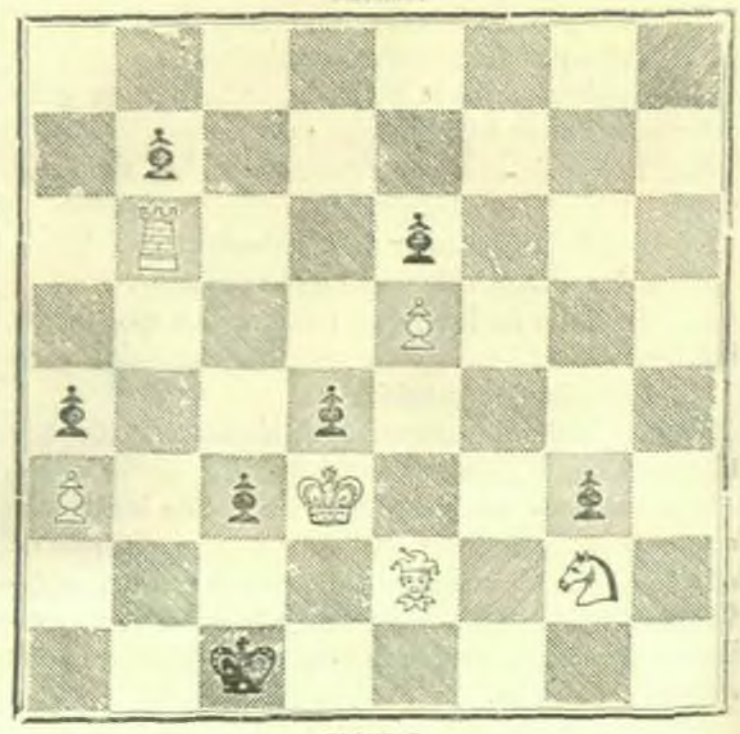
AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA NÚM. 2.º

BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª T. casilla T. D.	1.ª C. 4.ª A. D. ó Pn. 5.ª D. (a) (b).
2.ª T. toma A.	2.ª Ad libitum.
3.ª A. C. ó T. (segun) jaque.	3.ª Mate.
(a)	
1.ª	1.ª C. casilla C. D.
2.ª A. toma C.	2.ª Ad libitum.
3.ª C. 4.ª T. D. jaque.	3.ª Mate.
(b)	
1.ª	1.ª C. 2.ª A. D.
2.ª A. 5.ª A D. jaque.	2.ª R. toma A.
3.ª C. 4.ª T. D. jaque.	3.ª Mate.

PROBLEMA NÚM. 3.º

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en cinco jugadas.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
calle de la Libertad, núm. 29.